

Basadre y mi generación*

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

Descorriendo el telón

Confundido como me siento porque tan generosamente se me haya abierto espacio en esta corporación entre nombres de estudiosos a quienes he aprendido a respetar y con muchos de los cuales dialogué para beneficio esclarecido de mi espíritu, está puesto en razón que mis primeras palabras sean de gratitud y desconcierto. Gratitud porque se me otorga un galardón totalmente ajeno a mis merecimientos y a mi cotidiano trabajo intelectual. Y desconcierto porque se me vincula esta corporación con un nombre como el de Jorge Basadre, a quien debo (y debemos los peruanos todos de mi generación) veneración y gratitud por habernos enseñado a hacer del Perú nuestra vocación más saludable.

Corría una tarde de 1942 en Buenos Aires cuando don Pedro Henríquez Ureña se me acercó con estas palabras: "Cisneros, pasado mañana dictará una conferencia en la Facultad un distinguido profesor peruano, Jorge Basadre; no deje usted de ir, debe conocerlo". Dos noches después, Basadre ocupaba el viejo, alargado e incómodo salón de sesiones de la Facultad, y con voz pausada y terno marrón comenzó su exposición. Entre los profesores como José Luis Romero, Emilio Ravignani y Ricardo Levene, todos ellos historiadores, me abrió paso Henríquez Ureña. La conversación fue breve, dado que yo era un evidente intruso a quien solamente salvaba la partida de bautismo. Lo más sustancial de ese saludo se redujo a explicarle a Basadre que la filología parecía ser mi camino. Basadre me formuló dos preguntas: si leía francés y anotó en mi cuaderno con su letra puntiaguda: Francisco García Calderón, *Le Pérou contemporain*. "Y supongo que ha leído a Mariátegui", agregó. Yo me quedé con las ganas de exhibir mis lujos eruditos porque en verdad no había leído los *Siete Ensayos*. La conferencia de Basadre lo reveló interesado por una historia viva, inquieta,

* Discurso de incorporación leído el 11 de setiembre de 1997.

poblada de multitudes mirando hacia el futuro: lo que nos proponía era una promesa y una posibilidad. No lo volví a ver hasta cinco años después en Lima. Pero en las visitas que a Buenos Aires hacía Sebastián Salazar Bondy aprendí a reconocer en sus labios los temas y las obras del profesor sanmarquino.

Quienes tuvimos por marco histórico inicial de la adolescencia la guerra civil española aprendimos a reflexionar de modo hasta entonces desacostumbrado. Los libros nos habían propuesto que los ejércitos combatían contra enemigos extranjeros, y por entonces la lucha que libraban en el África las tropas de Mussolini y Haile Selassie, por un lado, y las que en América habían librado en el Chaco paraguayos los ejércitos de los generales Estigarribia y Peñaranda, parecían confirmarlo. Los episodios de Manchuria tampoco lo desmentían. En la guerra española habíamos aprendido, más allá de los tomitos de Malet y del minucioso Seignobos, que los soldados podían también pelear con los civiles del mismo país y que hasta podía darse que los civiles empuñaran las armas contra sus propios connacionales. Todos creíamos que la noticia más reciente que al respecto teníamos asegurada en la memoria concernía a la guerra de secesión norteamericana. Las noticias españolas nos conmovieron ciertamente y nos fueron acostumbrando a frecuentar personajes de la realidad mezclados con la leyenda, y así aprendimos a repartir favor y admiración unos días para vitorear y otros para denigrar, ya fuera a la Pasionaria, ya fuera el coronel Moscardó o al general Cabanillas, un día a la monarquía y otro día a la república. La guerra española de alguna manera nos había removido la sangre y no hubo entre nosotros nadie que pudiera haber sido indiferente. La historia que siguió a tales episodios no es para contarla sino para no olvidarla. Nos fuimos acostumbrando, sin querer y pausadamente, a sentirnos partícipes de otras realidades: oímos hablar de quinta columna y noticias nefastas nos fueron ganando a medida que ampliaban el discurso. Las ideologías acentuaron su perfil primero de modo sigiloso y luego irrumpieron desembozadamente en la vida política, y ya no provocaba asombro descubrir bosques de banderas ni tropezar con civiles uniformados de negro o color pardo, mientras los noticiosos nos regalaban con semanales testimonios de cómo la vida castrense iba imponiendo con pasmosa seguridad nuevos tratos en el tranquilo discurrir de la vida civil. Y así terminamos aceptando que unos moldes arbitrarios se confundieran y nos confundieran en el decurso del tiempo. En ese ambiente se inició la contienda europea y ese año ingresamos en la universidad.

Los hombres de mi generación no necesitamos dar fe de estas cosas ni nos sentimos obligados a contar nada de cuanto sobrevino, para satisfacer hoy la curiosidad de nuestros hijos ni de las nuevas hornadas juveniles. Han nacido ellos en este clima posterior a Corea y a Vietnam, en pleno delirio sudafricano, testigos de las matanzas africanas, y cuando la violencia terrorista se disputa comarcas y espacios vitales en los lugares más remotos y cuando, de otro lado,

nos proponen razones de estado para reprimir la libertad de pensamiento y de tránsito, o controlan subrepticamente nuestras conversaciones, al mismo tiempo que las grandes potencias incurren en costosas y acertadas exploraciones espaciales para garantizar el progreso de la ciencia y como promesa de un futuro de paz. Y así, mientras allá en la esfera celeste se proclama la colaboración y la armonía, acá en la tierra sembramos la desconfianza, la pobreza, el racismo y el terror.

En tales circunstancias, en el lustro inicial de la contienda, conocí a Basadre. Su conferencia despertó en mí cierta curiosidad y la curiosidad se convirtió en seguida en interés por leer. Sebastián Salazar Bondy me envió ejemplares de la revista *Historia* y leí a García Calderón. Ya en Lima descubrí que podíamos conversar sobre Basadre con Gody Szyszlo y Raúl Deustua y acerté con un nuevo interlocutor en Juan Mejía Baca. Las conversaciones que en realidad parecían convocarnos, ya fuera en los pasillos de la Galería de Lima o en el café de los Huérfanos, trataban aparentemente de la literatura, y el tema parecía ser por entonces el indigenismo. Fue en el hilo de tales conversaciones, y bajo la inquieta y curiosa mirada de José María Arguedas, como fuimos descubriendo que crecía silenciosa la imagen de Basadre. En otra esfera, conversando con gente de prensa, periodistas y sobre todo universitarios como Arturo Salazar Larraín, Federico Costa, Juan Zegarra, el indigenismo dejaba de ser tema literario y se teñía de ribetes sociológicos. Y ocurre que el indigenismo nos llevó a López Albújar y López Albuja nos llevó a Basadre. Ahí estaba en los libros del novelista lo que acaba de revelársenos en el fragor de las discusiones amistosas: el Perú estaba más realmente vivo en la terca y espontánea prosa de López Albújar -que era juez- con más autenticidad que en la trabajada y rica prosa de Ciro Alegría, que era un escritor. Y hallábamos mejor expresado el drama total en la prosa de Arguedas, donde el protagonista era simplemente el pueblo, o el campo, o la tradición y las costumbres que explicaban la fuerza oculta y misteriosa con que el pueblo iba tejiendo su destino: esa fuerza colectiva que a medida que se desarrolla va trazando la fisonomía y consolidando la vida de Perú. Raúl Deustua me facilitó un ejemplar del libro que al alimón habían escrito Basadre y Luis Alberto Sánchez. Entonces comprendí por qué me había sugerido don Jorge leer a García Calderón, y por qué mis amigos se mostraban asiduos lectores de la revista fundada por Basadre.

Historia, una revista singular

HISTORIA fue para nosotros cátedra abierta y tribuna de civismo, adoctrinamiento seguro desde las mejores instancias para la juventud reflexiva. Ya en 1943 las páginas de la revista apuntan a la jornada electoral del 45. Primera lección que se desprende de la estrategia pedagógica: el futuro exige

reflexión y estudio, y no es cosa de alcanzar el poder sino el gobierno, y no es cosa de improvisación sino de largas meditaciones que exigen pesar y contrapesar. Estamos además en plena guerra mundial, y no hay un triunfo rotundo de los aliados a la vista, porque siguen las fuerzas alemanas avanzando por Europa y ya hay acá en América uno que otro asomo de simpatía hacia las tropas alemanas. Basadre propone pensar en el 45 para que así celebremos la llegada de un nuevo lustro del siglo que es por entonces el del petróleo y el de motor de explosión, el de la carretera y el aeroplano. Claro que también sabemos que es el siglo de Heisenberg y de Bohr y que lo será de la penicilina y de von Braun y los viajes espaciales, del acelerado triunfo tecnológico y de abatimiento del *homo humanus* por el *homo economicus*. Basadre anuncia desde la revista:

“no podemos seguir indefinidamente sin pensar en lo que el futuro puede depararnos, sin preocuparnos por lo que van a ser los peruanos y por lo que va a ser el país” (AP. 491).

Lo no vivido todavía, lo que queda por vivir, tiene que hallarse en la perspectiva de nuestra preocupación porque coincide ese horizonte con nuestros posibles riesgos. Esta preocupación por el mañana es el tema central de un artículo de 1943, reiterado un año después en la revista. Al recorrer la colección de HISTORIA tropezamos con una costumbre de su director: hay artículos que, a veces con ligeras modificaciones, se repiten. Hay que aprender a reconocer ahí la estrategia pedagógica de quien sabe estar dirigiéndose a jóvenes y a estudiantes con *animus docendi*. HISTORIA no es una revista de pasatiempo ni de formulaciones históricas eruditas. Es una revista de ideas que impulsa a la meditación, que es la acción de quienes ponen la inteligencia al servicio del país. Basadre postula ahora los tres deberes que el país debe cumplir: “el deber de estabilidad, el deber de renovación, el deber de las reformas sociales”. Sus fundamentos son de extrema sencillez. Se necesita estabilidad porque “es preciso mantener ciertas ideas e instituciones esenciales frente a las amenazas y peligros de orden internacional y frente a la posible disgregación interna”. Recientes los episodios bélicos del Norte, nadie podía dejar de suscribir tal postulado. En seguida, era fácil comprender que el país necesitaba adaptarse al mundo moderno, “hecho que requiere —dice Basadre— libertad a la vez que continuidad, técnica creciente, método, sentido del crecimiento, capacidad de coordinación”. Todo eso nos había faltado, si nos atenemos a las explicaciones veladas que ofrecía García Calderón en su libro fundamental. Basadre advierte que si el país no se muestra “como una unidad lo más armónica posible, inclusive para los fines de la solidaridad continental, puede sufrir no sólo desgarramientos sociales sino también nuevas mutilaciones y afrentas vergonzosas” (AP. 502-503). El deber de renovación alude a la necesidad de reemplazar a los hombres dirigentes “dando acceso a los elementos jóvenes y permiso a la ambición legítima”. Y por

último, es muy fácil admitir con Basadre que el deber de encarar las reformas sociales "implica la maduración de planes concretos para seguir atacando progresivamente los males de nuestra realidad que cabe sintetizar en una frase: bajo nivel de vida" (*loc. cit.*).

La convicción de que el cambio es urgente se impone a todo lo largo de los artículos de HISTORIA: no solamente el cambio radical sino la presencia de la juventud. No el análisis y la discusión de los problemas, desde puntos de vista puramente individuales, sino una discusión que fuese capaz de alcanzar audiencia nacional por la calidad del auditorio y por la calidad de los problemas estudiados. En 1943, en el n° 2 de HISTORIA, escribe Basadre:

"Es necesario [...] que el debate de los asuntos nacionales sea colocado no en un ángulo faccional sino en un ángulo nacional. Aquí, donde se ha querido lanzar a las provincias contra la capital, a los indios contra los blancos, a la sierra contra la costa, al Sur contra el Norte, a los jóvenes contra los viejos, a los civiles contra los militares, la división que cabe hacer es entre lo que contribuye a fortalecer o enriquecer la colectividad nacional y lo que para ella tiene un efecto aciago o deletéreo" (AP, 493).

Ya había dicho en el 43, y lo repetirá en su misma revista en 1947, que la solución a los problemas por los que entonces atravesaba el país se hallaba "en buscar una fórmula por la cual el país reciba una vigorización cívica, sin que ella implique el retorno a la etapa convulsiva que esterilizó tantas energías y dejó tantas empresas urgentes a medio hacer o sin iniciarse" (*ibid.* 497).

Pero Basadre necesita robustecer las razones en que se apoya su afirmación, y por eso explica:

"Necesitamos una reeducación colectiva, necesitamos que desaparezcan esos pensamientos que se simbolizan en las frases: 'Que esto dure lo más posible, y lo demás no me importa' y 'Que esto caiga lo más pronto posible, y lo demás no me importa'".

Dígame si no fue Basadre un visionario del porvenir ahora cuando, cincuenta años después, releemos sus palabras. El cambio postulado no es una modificación superficial y anecdótica: Basadre lo ha explicitado sin ambages. Se trata de un cambio radical. En 1944, en el número 7 de HISTORIA, escribe:

"Entendemos que el Perú quiere una radical renovación. Aunque dentro de ella estén comprendidos la llegada de los jóvenes, el paso de nuevos hombres o sea el advenimiento de capacidades aun no probadas o no bien desarrolladas todavía, implica fundamentalmente un cambio de postura, de modo, de actitud. Vemos ambular ejemplares humanos que juegan con las palabras,

simulan creer en ideales, entonan a voces los cánticos de la liturgia –religiosa política, intelectual, profesional– pero en lo íntimo son esencialmente cínicos o escépticos. Un inmenso aparato de mentira convencional les sirve de guarda y de trampolín. Por más que gesticulen y que aparentemente les vaya bien están podridos. Son los venales natos. Si ejercen la magistratura, subordinan sus fallos a consideraciones del poder político o económico, aunque hablan campanudamente de la justicia y el derecho” (*ibid.* 509).

Nunca le interesó a Basadre la política habitual e interesadamente electorera la política “como voluntad de mando o como codicia de riqueza” (*ibid.*, 507). Lo importante es que cada vez que Basadre habla de “nuestros fundamentos históricos” los trae siempre asociados con “nuestros fundamentos espirituales”. Por eso no se debe combatir con las armas habituales de la venganza partidista Basadre continúa:

“A toda esta gente hay que combatirla, pero con el arma mejor que es el ejemplo contrario [...] Lo importante es no ceder a la tentación de participar en la feria de esos hombres. Recordar que, a pesar de ciertas apariencias contrarias, hay una vieja y bella tradición de decencia en este país [...]. Querámoslo o no, pertenecemos a una misma familia todos los que de verdad consideramos al Perú no como un festín sino como una tarea. Pero tarea quiere decir algo que debemos meditar, estudiar y resolver sin fórmulas previas ni recetas fijas”.

Cuánta gratitud despierta en nosotros Basadre manteniendo aquí su digno magisterio profesoral. Lo que propone es precisamente una reacción inteligente fundada en la meditación y en el estudio, más allá de la improvisación de la grita. Por eso solicita hombres conscientes y libres, no robots:

“Lo que faltan –dice– son hombres despiertos, inteligentes, sabios, vigilantes constructivos, eficaces, con ideales pero no con consignas” (AP. 510).

Para Basadre, como para el grupo que con él organizó la revista HISTORIA, la cosa no era cruzarse de brazos y allá el país que se las entienda como pueda. No los atraía ni “la voluptuosidad de mando” ni tampoco “la codicia de riqueza”. No eran, de otro lado, gente para encogerse de hombros. HISTORIA surgió para incurrir en la impetuosa afirmación de que “ninguna inteligencia genuina del desarrollo de este país se puede basar en la anulación de nuestros fundamentos históricos y espirituales”. Junto a la palabra *históricos* quiero recalcar esta otra: *espirituales*. El Perú seguía siendo, en 1944, la promesa a que había aludido Basadre en textos anteriores. Leemos en el n° 7 de la revista:

“Entendemos al Perú como raíz y como floración, como convivencia pero también como ‘promesa’. Insistimos en que no se le ve si no se le ve como problema y como posibilidad”.

El Perú y su historia no podían ser, pues, para Basadre una cosa estática, detenida en el tiempo, como un pretexto para evocación o para acuarela. Era –al contrario– un vivo estímulo para revivirlo, engrandecerlo, recrearlo, compararlo con el pasado y modelarlo en esa coparticipación como un claro augurio del porvenir:

“No queremos una visión estática sino una visión dinámica de la vida o de la historia peruana” (AP. 508).

La conciencia de que el Perú es una tarea que a todos nos convoca había llegado hasta labios del poeta: “¡Hay, hermanos, muchísimo que hacer!”, clama Vallejo. Y acá, de este lado de la contienda, afirma Basadre:

“¡Hay tanto por hacer! en el Perú como en toda América, la patria no está hecha y lo que cada hora exige de sus hijos no es tan sólo una posible efectividad en su ocupación práctica sino la lucha por un ideal colectivo”.

Una congregación no es una suma de individualidades: multitudes que heredan y se transmiten la herencia, recreada, en el tiempo. Ahí va caminando el Perú. Esa muchedumbre, con lo que piensa y lo que hace, con lo que sueña y espera, está realizando (para que los historiadores la escriban) la historia del Perú que a Basadre conviene e interesa. Y por eso teníamos que reconocer los hombres de mi generación en los textos de este ilustre pensador un claro llamado a nuestra conciencia cívica. Y dígase cómo es verdad que no parecieran haberse escrito estas líneas hace más de cincuenta años:

“La capacidad criolla para agredir y para difamar tiene una explicación fácil en la pasión criolla [...]; también puede ser interpretada a través de la falta de educación [...]; pero ella se ahonda y extiende actualmente frente a la orgía de violencia que impera en el mundo” (AP 508).

Estamos a cuatro años del asesinato de Gaitán en Bogotá, y aún no habían modelado el ETA en España, ni el IRA en Inglaterra, sus afrentosas estrategias contemporáneas. Y menos era pensable este constante y desatinado encuentro en que viven empeñados árabes y judíos en el Medio Oriente. Por cierto, no vale la pena recordar ahora ante nosotros hechos antiguos y recientes de Colombia, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y el Perú. Y Basadre continúa su análisis profético:

“Después de algunos años de silencio en el Perú, sin práctica o entrenamiento para el debate público, parece que vamos una vez más a una era de feroces enconos. Ya asoman por ahí presagios de que estamos ardiendo en ganas de darnos otra vez, como antaño, de puñadas y puntapiés para quitarnos piltrafas de poder los unos contra los otros. Hay y ha habido el terrorismo de la fuerza

bruta; pero otros también practican una forma distinta de terrorismo que es el dicerio" (AP 509).

Tarea de todos, responsabilidad de todos, culpa gregaria de unos y de otros, herencia de todos y de cada uno de nosotros, el Perú es una hermosa y alma posesión arraigada en la sangre. No es un festín sino una tarea, había propuesto Basadre. Tarea de todos y sin consignas. Ahí debemos reconocer la explicación de por qué no le hayamos conocido a Basadre matrícula partidaria. Eludir matrícula no implica rechazar ideas claras y distintas. Ideas, sí. Inclínación abierta al progreso, por supuesto. Sonrisa abierta para el socialismo, innegable. Pero recelo para el comunismo, franco temor a las audacias de la arbitrariedad y la demagogia, asco y rechazo visceral de todo fanatismo de raigambre fascista.

La responsabilidad democrática

Sintió siempre Basadre que no podía huir de sus responsabilidades cívicas y las asumió resueltamente tanto como intelectual y como universitario, como profesor y como ciudadano, nunca movido por consigna alguna de orden político partidario. *No es tiempo de andar en cetrerías* era frase que había calcado del Inca Garcilaso, y por eso su prédica incesante de rechazar soberbia y egoísmo. Sus análisis lo habían llevado progresivamente a respaldar la candidatura de Bustamante y Rivero:

"no por la razón escueta de que este candidato es un civil y su contendor ostenta un alto grado en el escalafón del ejército. Siempre hemos considerado que es dañina a la salud del Estado la lucha sistemática entre militares y paisanos; y coincidimos en afirmar que un militar no es un ciudadano disminuido" (AP 526).

Por eso no callará, años después, sus sentimientos al deplorar tanto "exceso de aturdimiento en este ensayo de verdadera orientación democrática que apareció en nuestra historia del siglo XX" (VH, 719). Y luego, tratando ya de la revolución de Odría, censura el inadvertido error de otorgar "una vez más, el papel decisivo a la fuerza armada en la política" (*loc. cit.*). Y en 1977, dispuesto a reeditar su *Perú, problema y posibilidad*, alcanza a formular reflexiones que adquieren veinte años después plena vigencia. Ahí puntualiza cómo

"la experiencia republicana abundó en dificultades, anacronismos, errores y tremendos contrastes. Lo fundamental estuvo en el mantenimiento de injustas supervivencias coloniales" (AP 552).

Pero paralelamente a tanto error y a tanta desgracia, al lado de lo condeñable en hombres y en actos, reconoce que hay también "figuras, a veces

anónimas, gesticulantes o silenciosas, sombrías o frenéticas, entusiastas o reconcentradas" de las que el país parece "recibir misteriosamente el realce y la importancia". Y es entonces cuando Basadre nombra al pueblo, "el gran protagonista de la historia (en el presente caso el pueblo "despierto"), gente en el fondo sana, anhelosa de no seguir aceptando la fuerza o la injusticia empleadas a un nivel nacional irguiéndose contra poderosos grupos dominantes, esforzándose por legar a sus hijos una patria abierta" (*Apert.* 552). Se dirá (y se ha dicho) que el pueblo nunca estuvo exento de lacras y defectos, pero es verdad, como el propio Basadre aclara, que

"cualquiera que hubiesen sido sus defectos, sus limitaciones y sus faltas que las nuevas generaciones deben superar, indican que en momentos sumamente difíciles, el Perú encontró adentro una fuerza, por muchos insospechada, en su pueblo y salvó grandes escollos; o se levantó de la tumba por fe en los valores que enaltecen" (*ibid.* 552).

Al revisar, cuarenta y siete años después, sus tesis expuestas en *Perú, problema*, añade Basadre nuevas tesis sobre la problemática del Perú y de América. Reconoce ahí que "la filosofía implícita en todas y cada una" de sus consideraciones anteriores "tiene una inspiración socialista" y vuelve a aclarar que entiende "como socialismo, por encima de rigideces ideológicas, la mezcla de dos ideales" (*Apert.* 564). Destaca, así, "el ideal de libertad propio del liberalismo que tiene raíces cristiano-judeas-greco-latinas y se prolonga en el derecho natural y las grandes revoluciones del mundo occidental; por otro lado agrega "el ideal de desarrollo surgido como consecuencia de las transformaciones que emanan de la tecnología contemporánea y también por el contraste entre los mundos pobres y el mundo rico". El socialismo en que cree Basadre es, como él mismo explica con minucia y ardor, el que se presenta "como un movimiento que va a la construcción de una sociedad donde los intereses relacionados con la comunidad estén siempre por encima de los intereses particulares, sin cortar el estímulo a la libre iniciativa legítima y donde las actividades de todos estén enmascaradas dentro del interés general". Lo que esencialmente importa en el socialismo "con rostro humano" es "la función que cumple la administración de los bienes". Hombre de ciencia al fin, admite Basadre que se trata de "un tipo de socialismo aún no llevado a la práctica", pero espera que esa utopía se haga algún día realidad.

Parte medular de estas reflexiones añadidas y nacidas de un autoexamen del libro inicial está constituida por pasajes alusivos a los propios mecanismos de gobierno.

Grande fue el empeño de Basadre por aclarar su no alistamiento en el marxismo. En un país como el nuestro, y en horas de la primera aparición de

sus libros medulares, no es de extrañar que cualquier apuesta por ideales socialistas fuese fácilmente calificada de comunista, término de connotación afrentosa y negativa por entonces. Es evidente, sin embargo, que la generación de Basadre no podía ignorar el marxismo y menos un hombre de rigurosa formación académica: el contacto de Basadre con el marxismo se hizo -por propia confesión- "a través de mi amistad con Mariátegui" (*Macbas*, 59). Pero vale recobrar las precisiones que en sus conversaciones con Macera estableció Basadre

"Creo que en el marxismo es preciso diferenciar muy cuidadosamente varios aspectos que pertenecen a otros tantos niveles. De un lado están su carácter político y sus fundamentos económicos y filosóficos. A quien trabaja en el campo historiográfico le proporciona, además, otros elementos directamente relacionados con su tarea" (*Macbas*, 59).

Reconoce seguidamente "que Marx no fue un historiador profesional, pero enseñó que pensar políticamente es justamente pensar históricamente". Y es, sin duda alguna, algo que Basadre procuró inculcar en la gente de su generación. Sólo que "pensar políticamente" no significó para Basadre, ni significa para muchos de nosotros, pensar partidariamente. Pensar políticamente es tener "constantemente a la sociedad como premisa ante el espíritu". Por eso es seguida se apresura Basadre a esclarecer:

"Reconociendo todo lo anterior, yo no soy ni he sido nunca marxista. Crecí que en esta circunstancia del siglo XX no podemos dejar de tomar en cuenta todo lo que ahora aportan la psicología, la sociología del conocimiento y otras ciencias, sin olvidar las críticas razonadas que el propio marxismo ha suscitado, siempre y cuando ellas posean aptitud y autoridad [...] La vida es siempre más rica que las doctrinas" (*Macbas*, 61).

Hermosa frase en boca de un historiador. La vida de la sociedad, las vidas de los hombres realmente vividas y no el mero transcurso de ellas interesó siempre a este hombre singular. Y porque le interesaban nuestras vidas en lo que eran entonces, anuncios de estas difíciles horas de hoy, es que debemos que reconocer su talento previsor y la calidad científica e histórica de sus juicios:

"Atribuyo un valor máximo a la actitud de querer mirar la historia con libertad, tratando de superar las limitaciones que ésta pueda tener como ocurre con todo fenómeno subjetivo. La libertad, buscada afanosamente, engendra una alegría enorme a pesar de las fatigas y de las dificultades que acompañen / / inevitablemente al trabajo historiográfico auténtico. Los aspectos económicos son esenciales y no es casual que se les haya soslayado o relegado. Junto con estos factores también me parece que existen otros, de tipo psicológico, sociológico, político, material, cultural, religioso y hasta elementos de sorpresa que, de pronto, afloran y luego el historiador de una manera u otra, tardíamente racionaliza" (*Macbas*, 62-63).

Comprendió siempre Basadre, y nos hizo comprender, que las relaciones entre comunidad e individuo comportan un problema no solamente político sino que constituyen esencialmente el problema de la historia: "El cauce radical de la historia –afirma Nicol– es la transformación de los vínculos entre el individuo y su comunidad" (*La vocación humana*, 269).

Siendo como era Basadre esencialmente un profesor, la juventud estaba ciertamente en la línea primera de su preocupación histórica, y por eso alertó oportunamente a los jóvenes a hacer frente a la realidad y confió en la juventud anhelando que insertara "su entusiasmo y su enorme riqueza potencial de ensueños y de empresas". Vislumbraba una juventud "que rechazando los dogmas importados, formule sus puntos pragmáticos en forma simple, concreta y coherente, basándose en una voluntad afirmativa del destino nacional" (*Promesa*, 35-36).

"Bella e ímproba tarea –decía– tiene ante sí una juventud que rechace el escapismo, que se alce sobre lo inmediato utilitario y que supere el progresismo abstracto y el sociologismo positivista de sus antepasados. Una juventud que no se deje aplastar en la lucha por la vida, que no se disipe en la frivolidad, que no se malbarate en la búsqueda del medro egoísta, que no se esterilice en el sectarismo, cáncer que ha roído a sus hermanos mayores. Una juventud tonificada con una emoción de historia, la historia de nuestro tiempo o la historia nuestra, [...] la verdadera, la vital, la que enseña cómo el Perú fue durante muchos siglos un país señorial y eminente que posteriormente desaprovechó grandes oportunidades y olvidó sus glorias" (*PVP* 35)

La renovación de valores que Basadre siente imperiosa para asegurarle al país un futuro conducirá siempre a colocar en el horizonte una instancia juvenil. Reclama la presencia de los jóvenes con vehemencia, pero en forma menos virulenta y ácida que González Prada. Pero no auspicia la presencia de los jóvenes como capitulero en busca de adherentes eventuales, sino que lo hace desde su limpia conciencia de maestro y modelador de almas. Lo dicen de manera rotunda estas palabras de 1943:

"Un país robusto necesita una juventud entusiasta con capacidad para sentir un íntimo asco ante toda falsificación de valores, con voluntad de construcción inteligente y honestamente combatiente, con pudor de lo que hace y de lo que dice, inspirado en la dignidad cívica sin la cual una república no merece ese nombre. Pero, a su vez, un país sano necesita ofrecer a su propia juventud perspectivas amplias, posibilidades abiertas, colaboración efectiva en el quehacer común. De modo que el problema no es sólo de progreso material, de reformas sociales, de organización estatal. Es también problema de renovación de valores, de fervor espiritual, de capacidad de entusiasmo, de mística colectiva" (*AP*, 487).

¿Por qué necesita alentar Basadre en la juventud el ejercicio y el goce de la libertad? Para garantizar la esencia de la vida comunitaria. Porque la libertad es constitutiva del ser; actuar y pensar con libertad es lo necesario, lo constructivo, lo urgente. Una cosa es gritar la libertad y la justicia, y otra cosa es practicarlas y ayudar a consagrarlas más allá de las definiciones de manual. El sólo gritar no garantiza el buen gobierno sino tal vez el caos y la guerra. Hay que estar conscientes de la verdad y la fuerza que la libertad implica. Las palabras no crean las realidades: las realidades se constituyen y se viven con acciones concretas. Y si los valores supremos de la sociedad humana son -sin duda alguna- la justicia y la libertad, Basadre entiende que la juventud está convocada a esa tarea.

Con la juventud, la educación

Un aspecto de la vida y la obra de Basadre explica que su nombre haya rebalsado los confines de la universidad y de la estricta vida intelectual y le haya dado carta de naturaleza en la ciudadanía: su preocupado fervor por la educación. Desde su silencio de granito, Basadre sigue siendo un educador: sus propósitos educativos tienen actual vigencia y aún es posible seguir las huellas de su tarea, bien en el Ministerio de Educación, bien en la Biblioteca de San Marcos primero y después en la Nacional, donde realizó el doble milagro de revivirla y tecnificarla. Con esa labor está también ligada la gente de mi generación: en la obra y en la conversación fue siempre posible leerle esa constante preocupación. Por lo pronto la misión educativa no solamente debería alcanzar a quienes la ley contemplaba como obligada audiencia, sino a la opinión pública. Al inaugurar en la OEA un seminario en 1958, podemos oír su reflexión:

“Urge que podamos educar no sólo a niños, adolescentes y analfabetos adultos sino también a nuestra opinión pública y a nuestras clases o sectores dirigentes, y a estos últimos para que comprendan y se resignen a que los problemas educativos sean estudiados, confrontados y abordados técnicamente y en forma adecuada y a largo plazo (*Materiales para otra morada*, 57).

Las reformas han fracasado entre nosotros por haber imaginado que podían cumplirse en el ilusorio plazo de los años de un mandato presidencial. Pero un planteamiento educativo no es una ley que ha de cumplirse sin dudas ni murmuraciones:

“no es una fórmula —dice Basadre— sino un método sistemático y con virtualidad rectificadora, que va de bajo hacia arriba, para ir también de arriba hacia abajo; mira el sistema educativo y el ambiente que en él penetra y lo circunda como un todo bullente y en él abre vasos comunicantes cuando éstos son fecundos y cortes horizontales o verticales cuando son necesarios” (*Materiales*, 58).

Y en el prólogo con que en 1970 precede su famoso *Inventario de la Realidad Educativa* aclara que la educación no puede ser un proceso destinado a crecer y desarrollarse sino que es

“una organización que, sin desmedro de los principios democráticos sin los cuales no puede prosperar de veras, tenga bien definidos sus objetivos bajo una dirección racionalizada” (*Materiales*, 70).

Sabe muy bien, y lo proclama, que para formular un proyecto de educación fundamental deben previamente realizarse varias tareas: “investigar .. las características, las necesidades y los recursos de la comunidad, de la región o el área a que está destinada” (*ibid.* 96).

No se circunscriben a asuntos de infraestructura y de sílabos sus preocupaciones educativas. Postula las proyecciones cinematográficas, las bibliotecas rodantes, las cartillas y los murales monolingües y bilingües. Y agrega que en todas esas actividades se abre paso el concepto de “educación de la comunidad”, sistema que Basadre defiende porque

“rompiendo con los moldes intelectualistas y aun tan enraizados en nuestra tradición, destaca y exalta los valores sociales y colectivos; lo cual no obsta, al mismo tiempo, para que aparezca como sujeto y como objeto de esta educación el hombre como individuo con la dignidad que le debe ser inherente y ubicándolo dentro del marco de las relaciones interpersonales que, de modo inevitable, condiciona su existir cotidiano” (*Materiales*, 96).

Ciertamente en ese terreno nos ayudará a comprobar que problema y posibilidad son constantes perspectivas en el terreno educativo. El problema de la educación no es para Basadre “una cuestión de porcentajes en el presupuesto”, ni de número de escuelas, ni “de preparación magisterial, de formulación de planes [...]”; es en el fondo un problema de actitud vital, de movilización espiritual hacia una conciencia del común destino nacional y hacia una fe en lo que el país puede y debe ser” (*MDH*, 87-88). Por eso le oiremos calificar de inaceptable:

“que los planteles no preparen especialistas para la industria textil, que es la que viene ocupando el mayor número de trabajadores; que debe haber relación entre la educación técnica y la industria de construcciones, es decir la que sigue en importancia, así como entre los planteles y las industrias de producción de alimentos, de cueros y pieles...” (*Materiales*, 124)

Así como tendrá por imposible cualquier reforma que no sea concebida “como un proceso dinámico que necesita proyectarse en el tiempo y adecuarse constantemente dentro de la realidad”. Y sobre todo, esto que también hemos olvidado en cuanta sucesiva reforma se ha intentado:

"No podrá haber reforma contra el maestro, o al margen del maestro. No podrá haber -no lo olvidemos nunca- reforma más allá de las posibilidades del maestro" (*Materiales*, 114).

Y para los que viven apegados a la idea de que basta con modificar er uno y otro punto los planes de estudio, tienen todavía vigencia estas advertencias de Basadre:

"Los planes de estudio en la enseñanza secundaria requieren vitalizarse y flexibilizarse: ellos irán contra la memorización, procurando que el estudiante sea llevado a situaciones didácticas en las que tenga que escoger, valorizar comparar, tomar decisiones, alcanzar por sí mismo el conocimiento a través de la propia labor" (*Materiales*, 116)

Dígame si no cabe avergonzarse de haber convertido nuestras aulas er centones de memoriosos.

La verdad de la historia

Frente a la generación del 900 Basadre traza una línea tajante, y por esc destacan algunas precisiones:

"Quiénes hicimos nuestros primeros trabajos intelectuales en la década de los 920 correspondemos a otro momento histórico. No nos fue posible evadirnos de los efectos causados por las revoluciones mexicana y rusa; de la insurgencia mesocrática que significó el oncenio leguista con el desplazamiento político -político, y no social ni económico [...] No somos, pues, epígonos de los del 900. Algunos de mis contemporáneos o semicontemporáneos gozaron al criticar a éstos. No pertenecí a dicho grupo [...] En lo que atañe a Francisco García Calderón, me empeñé en exhumar [...] gran parte de su obra" (*Apert.* 345-346).

Sabe, siguiendo a Ortega y Gasset, que es "perfectamente posible prever el sentido típico del próximo futuro, anticipar el poder general de la época que sobreviene" (*El tema de nuestro tiempo*, 31). Y está preparado, por formación y por lecturas, para que una lúcida conciencia filosófica vaya impregnando sus primeros ensayos. Circulaban en los medios universitarios los trabajos de Lewis Mumford que nos proponían la cultura de las ciudades y nos obligan a meditar sobre lo que significaba el avance de la técnica. Había el mundo europeo pasado de una economía de la necesidad a una economía de la adquisición, y los países capitalistas, empeñados en un consumo dispendioso, proclamaban que el trabajo no era precisamente eficaz. Mumford llamaba la atención sobre la paradoja de la producción capitalista, que no podía satisfacer "el standard más modesto de consumo normalizado" afirmando que

“cuanto más alto sea el standard vital, tanto menos puede expresarse adecuadamente en términos de dinero, y tanto más debe en términos de ocio, de salud, de actividad biológica y de placer estético, y en consecuencia tanto más deberá tender a estar representado por productos y progresos ‘ambientales’, que no están dentro del radio de producción de la máquina” (*Técnica y civilización*, II, 228).

Basadre va a postular la historia como una teoría científica; afirmando que es posible lograr la verdad histórica, destaca la necesidad de no desatender los conceptos de ‘azar’ y ‘posibilidad’ como constitutivos del conocimiento histórico; nos enseña que a la historia no dejará de interesarle nunca “el estudio de plantas, idiomas, metafísica, caracteres humanos” (*Perú problema*, 3).

Y todavía insistirá en sus *Fundamentos de la historia del derecho*, de 1967:

“La historia como ciencia [...] debe ser un conocimiento de los hombres y de las obras de los hombres y de las relaciones entre los hombres, y en general, de la riqueza de la vida humana, a través del conocimiento de su pasado”.

Así nos explicamos que desde la hora inicial su preocupación primera esté centrada en el hombre y su ideología: “Mi objetivo -dice- fue iniciar el estudio de la historia de las ideas y de la historia social en el Perú del siglo XIX” (*Vidhist*, 331). Si de un lado hereda el mensaje peruanista de la generación anterior, se adelanta, de otro lado, a postular ya en su libro sobre *La iniciación de la República* que la historia política externa estaba unida al ensayo de indagación sociológica y no podía alejarse de una seria reflexión spengleriana. Desde su tesis de 1929 quiso Basadre contribuir al debate de las ideas, y en verdad ya había mostrado esa orientada curiosidad y su talento al reseñar en la revista *La Sierra* el libro que sobre temas agrarios había publicado Abelardo Solís. Sólo que ahora se trataba de una exposición leída ante el jefe del gobierno autoritario de entonces. Rechazará Basadre el pretendido paralelo entre el imperio incaico y el modelo socialista e inaugura en verdad el enfoque histórico del colectivo peruano. Lo desafiante de su texto radicaba en que frente a quien se tenía por gobernante providencial, expresión del gobierno individual, Basadre exhibía la excelencia histórica de la ciudad, de la multitud y el campo: el hombre y su mundo circundante, planteamiento nutrido ya de savia orteguiana y con clara aceptación de las tesis sociales de Weber. Reivindica ahí Basadre para la ciudad y el campo:

“La función de ambos factores que histórica y sociológicamente deben considerarse como se considera también la acción de las clases sociales, del medio geográfico, de la peripecia individual” (*MCC*, 259).

Sostiene que si bien la mente urbana es más desarrollada, se ve limitada por “el mercado, la bolsa y la oficina”, en tanto que la mente rural “más atrasada y más lenta” resulta más vital porque “se orienta al crecimiento de la vida”. De donde se impone que la ciudad

“debe ser compañera del campo y de la región en general. Por ella la región debe servir de base administrativa y económica a la unidad nacional, desplazando a las fórmulas teóricas que abordan el problema de las relaciones entre la capital y las provincias” (MCC, 261).

Pero la multitud exaltada por Basadre no tiene que ver con lo zafio, lo grosero y lo sucio. Su aclaración resulta esclarecedora:

“Es lo que mediante la comunidad del idioma, de trabajo, de fiestas, de esperanzas llena nuestros ojos, nuestros oídos y nuestra mente de ideas, recuerdos, panoramas, sonidos y produce una comunidad revelada en las horas de pasión general que serían inexplicables sin un fondo inadvertido de impresiones acumuladas en lo que hay de permanente dentro de la vida cotidiana” (*ibid.* 262).

Es como lo tenía previsto Spengler: “el verdadero milagro es cuando nace el alma de una ciudad”. Así es como surge “súbitamente la espiritualidad general de su cultura, destaca el alma de la ciudad como un alma colectiva de nueva especie, cuyos últimos fundamentos han de permanecer para nosotros en eterno misterio” (*Decadencia de Occidente*, 2da parte III, 131). Lo confirman estas palabras de Mumford:

“La ciudad, tal como la encontramos en la Historia, es el punto de concentración máxima del poderío y de la cultura de una comunidad [...] Aquí es donde se concentran los destinos de la civilización y donde, en ciertas ocasiones, el ceremonial se transforma en el drama de una sociedad totalmente diferenciada y consciente de ella misma” (*La cultura de las sociedades*, tomo I, 149).

“La memoria [...] no es tan sólo la conservación del pasado en medio del presente; es también [...] la colaboración de lo ya vivido en la actualidad de la existencia” (*MDH*, 49).

Quien desconoce cómo se ha proyectado el pasado hacia el presente y desconoce el futuro está demostrando, asegura Basadre, “la ausencia de comprensión histórica”:

“Porque precisamente el exacto entendimiento de nuestra trayectoria en el tiempo nos conduce a la conclusión de que el Perú no está definitivamente plasmado y de que puede y debe dar, todavía, mucho de sí” (*ibid.* 53).

Por eso propone Basadre ir “en busca de una expresión peruana”. Y repitiendo graves acusaciones de su *Promesa de la vida peruana* exclama su célebre convocatoria:

“Toda la clave del futuro está allí: que el Perú se escape del peligro de no ser sino una charca, o volverse un páramo o de convertirse en una fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o inacción de los peruanos”.

Para que el Perú no se pierda debemos encararlo como tarea. Trabajo nacido de nuestra preocupación, nuestro desvelo y nuestro sano amor. Cada pueblo debe buscar su expresión y su mejor destino. Pero debemos aprender a hallar las soluciones requeridas. En 1940 le oímos afirmar:

“Ninguna de nuestras soluciones nos vendrá, pues, cocida y masticada en otros países, aunque sean hermanos, primos o prójimos. Y sobre todo, nada se podrá hacer a fondo si al país no le conmueve la conciencia de sí, si no afirma en esta hora feroz su querer existencial nacional. Por eso la promesa peruana atañe a la juventud para que la reviva, a los hombres de estudio en sus distintos campos para que la conviertan en plan, a la opinión pública en su sector consciente para que la convierta en propósito” (MDH, 39).

Pero la tarea por realizar es múltiple y a cada cual nos toca saber la función por cumplir. El país necesita que aprendamos a gobernarlo, exige un comando de la acción. Y comandar —dice Basadre— es “preparar, orientar, comprender las situaciones que han surgido y adelantarse a las que van a surgir [...] vivir con la conciencia del propio destino común, sentir la fe en lo que puede y debe ser” (MDH, 77). Y nos invita a comprender que si olvidamos la cantidad de futuro acumulada concluiremos en “que el Perú no está definitivamente plasmado y de que puede y debe dar, todavía mucho de sí” (*ibid.* 53). Treinta y siete años después, en 1977, Basadre ha de comprobar con cierta desazón que todavía es insuficiente “el número de personas preparadas en asuntos específicos conectados con los problemas de nuestros países en una escala local, regional, nacional ...” (*Apert.* 559) y por eso no duda en enumerar las urgencias:

“Necesitamos [...] mentes y espíritus modernos y abiertos en las industrias, el comercio, el desarrollo económico, la investigación sociológica y otras especialidades similares” (*loc. cit.*).

Y está claro que no hay posibilidad de circunscribirse solamente a ese engranaje. Si no hay democracia auténtica (y parece que Basadre no la advierte en 1977) no habrá modo de ingresar en el porvenir. Por eso le preocupa el tema del consenso y la participación: si un gobierno no afronta la crítica responsable, podemos estar seguros de que “no encarna necesariamente las voluntad o el apoyo de los ciudadanos”. Advuértase que el texto alude a acontecimientos y

realidades de hace veinte años atrás y se escribe lejos de nuestros días, contem poráneos de la clonación. Y prosigue Basadre:

“El monopolio malicioso de las informaciones, la estatización rígida de la comunicaciones, la multiplicación innecesaria de las instancias intermedias implican una negación de la participación, como resultado de hecho de que un grupo único se sustrae al control de la opinión pública” (*ibid.* 560).

Y es que Basadre entiende por participación el que se traten públicamente los asuntos públicos si buscamos evitar la corrupción, pues la ausencia de esa participación –dice Basadre– “implica de hecho una organización que un demócrata moderno llamaría viciosa”. Eso es un rasgo fundamental que nos separa de los estados totalitarios:

“La democracia auténtica se caracteriza, por el contrario, por sus intentos de afrontar sanamente la heterogeneidad de los valores y de los comportamientos”.

¿Que esto suele acarrear confrontaciones y contratiempos? Pues bienvenidos los unos y las otras, pues lo que puede ocurrir con ello es que tanto conflicto termine por convertirse “en un motivo de crecimiento si, igualmente con un sentido democrático, el sistema demuestra que es capaz de desarrollarse y defenderse”.

Y no es que hayamos dejado de comprender que el Perú es una constante posibilidad. Es que tal vez no hemos aprendido a formar *élites* gobernantes. Y en sus primeros libros Basadre postulaba que ser de *élite* es algo que se conquista y no se hereda; no supone fortuna segura ni amistad nacida en la escuela “se forma por analogía de sentimientos, actitudes, esperanzas, ensueños y sacrificios” (*Promesa*, 50). No importa de dónde se viene. Importa a dónde se quiere ir. Y en 1940 nos explica la relación necesaria que la *élite* debe guardar con la masa: es en esa perspectiva cuando la *élite*

“necesita ahondar y fortificar su conciencia colectiva, crear su unidad consciente, interpretar y encarnar sus esperanzas, atender a sus urgencias, resolver sus necesidades, desarrollar sus posibilidades, alentar sus empresas, acoger sus elementos aprovechables, presidir sus avances, defenderla de los peligros que vengan desde fuera o desde adentro” (*MDH* 77).

El descontento y la promesa titula Pedro Henríquez Ureña el ensayo que publica en 1928 y con el que inaugura sus meditaciones sobre la historia de la cultura hispanoamericana. Hay en los hombres de América gran inquietud intelectual:

"Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencia romántica de expresión. Nos sobrecogen temores súbitos: queremos decir nuestra palabra antes de que nos sepulse no sabemos qué inminente diluvio (*Seis ensayos*, 107).

Discute Henríquez Ureña las fórmulas diversas del americanismo, alude a los que buscan expresarse en español imitando a los franceses, a los que reniegan de esta proclividad, a los que se muestran fanáticos, a los que creen que sentirse americano es privilegiar el paisaje, y se muestran así partidarios de la montaña o de la llanura; en suma, opone el afán europeizante al nuevo y enérgico empuje americanista, que ahora quiere preferir al criollo frente al extranjero o preferir al indio ante el criollo, y cierra el ensayo con esta serena conclusión:

"Cada fórmula de americanismo puede prestar servicios [...] Cada grande obra de arte crea medios propios y peculiares de expresión: aprovecha las experiencias anteriores, pero las rehace, porque no es una suma sino una síntesis, una invención. Nuestros enemigos [...] son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetua turbación y mudanza, llena de preocupaciones ajenas a la pureza de la obra" (*ibid.*, 118).

No tiene por qué extrañarnos que Basadre —hombre de la misma generación de Henríquez Ureña, a quien había conocido en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, cerca de Américo Castro—, recogiera también idéntica inquietud, un *leit motiv* de los intelectuales contemporáneos apremiados por hallar nuevas formas de expresión. La idea de la promesa comporta una nítida conciencia del futuro y perfila mejor las huellas del pasado.

Historia y sociedad

Era natural que nos llamase la atención una historia no desvinculada de eso que Wright Wills llamó la 'imaginación sociológica'. Los hechos de la historia que habíamos vivido y estábamos viviendo de una manera indiscutible se vinculaban, en verdad, con el triunfo o el fracaso de los hombres que ocupaban el centro de la noticia. Era verdad que mientras en Europa se libraba la gran batalla contra los totalitarismos, América comenzaba a mostrarse como un mosaico de veleidades patrioterías. Todo eso comportaba evidentes correlatos económicos y sociales que a ninguno de nosotros podía pasar inadvertido. ¡Cómo no iba a interesarnos la meditación de un hombre para quien la historia del país no se circunscribía a las repetidas escenas en las que individuos concretos ocupaban el escenario mayor, sino que abría ancho territorio a los desconocidos que de pronto constituían las legiones de soldados, de pronto se confundían con los

compradores de alimentos, de pronto con los que abrían nuevas trochas derribando árboles en los bosques, caminos que aseguraban la comunicación y el alimento! Y por qué vamos a negar que muchos de nosotros, tal vez por influjo de lecturas o tan sólo por comparación nacida del hábito de frecuentar noticias periodísticas, adivinábamos una cierta empatía, proclive a las ideas liberales de entonces (cercanas a veces a la buena doctrina socialista), aunque ya expuestas a la pasión sectaria de los interesados en convertir toda honesta preocupación cívica en una contienda abierta por la conquista del poder. Vivíamos la historia del mundo registrada en la prensa diaria y documentada en vivo por los puntuales noticieros cinematográficos, y es explicable que esta manera de entender la historia nos sorprendiera y a la vez nos reconciliase con la ciencia de Basadre en la medida en que podíamos dar fe de sus afirmaciones, una historia de la verdad. No eran los documentos, sino los hombres. Fácilmente comprendíamos que nuestro estado de ánimo, así como el de quienes compartían con nosotros edad y preocupación, estaba ciertamente relacionado con una serie de hechos de los que no éramos en verdad protagonistas, pero de los que resultábamos involuntarios y necesarios testigos; y en esa relación quedaba afectada nuestra vida social, nuestra realidad económica, nuestros elementales intereses personales, pues todo iba modificando de alguna manera nuestros planes para el futuro en tanto que nos obligaba a ajustar comportamiento y actitud a las condiciones que cada nueva situación iba imponiendo. Y si eso era fácil de comprender, cómo no era verdad que lo que Basadre proponía en su obra era mirar hacia el pasado, tratando de comprender no tanto los episodios concretos y a los personajes conocidos sino a la sociedad entera golpeada por uno y otro acontecimiento, por una u otra decisión de aquellos hombres a quienes la historia escolar había dedicado hasta entonces su mejor atención.

Ciertamente que venían en nuestra ayuda para robustecer el aprecio por esta obra los varios acontecimientos de la época. Fácilmente comprobábamos que todo estaba interrelacionado; que las derrotas o los triunfos de uno y otro bando en Europa repercutían en la economía, en la política, en el hambre y el dolor de muchas capas de la sociedad. Nosotros y nuestras circunstancias íbamos haciendo la historia, la que yo puedo evocar ahora, consciente de cuán arraigado están lo de hoy y lo de ayer, y seguro, por lo tanto, de que estamos en condiciones de comprobar si hubo o no acierto en prever ayer el futuro, que es nuestro presente actual. Los estudios sociológicos nos permitían comprobar que el pueblo resultaba ser ahora el caudillo colectivo y que en su realidad y en su comportamiento debíamos aprender a vislumbrar la marcha del porvenir.

Claro es que Basadre nos ofrecía una historia de las costumbres, y por eso le interesaba al historiador el mundo religioso y el mundo artístico, el ejercicio de las profesiones liberales y el de los distintos oficios, la producción y el ahorro, la explosión demográfica y el fenómeno de la desertión escolar; todo ello resul-

taba más urgente y más importante que aquellas otras minucias que estaban siempre adjuntas a la figura de un gobernante, un político o un caudillo militar. La vida del hombre cobraba un valor nuevo frente a la historia del mundo; los otros, nosotros, resultábamos más importantes como hacedores del porvenir, como constructores del devenir histórico, que los personajes que con su apellido concreto venían usurpando en los textos el poder y la gloria. Ciertamente es también (y no nos engañemos) que con la historia contemporánea teníamos todos vínculos mucho más frescos que con la colonial. Así como la generación del 900 creció bajo la sombra del 79, que fue escenario protagonizado por nuestros abuelos, nosotros teníamos como eco de toda conversación familiar los albores del gobierno de Leguía y el cuadro americano en que ese gobierno compartía poder con hombres que coincidían aparentemente en intención y costumbres políticas. En la obra toda de Basadre podemos reconocernos testigos de lo que oportunamente señaló:

“Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aunque él está formado por la sociedad y por su impulso histórico” (25).

Fue Basadre para mi generación un maestro de civismo; tal vez porque no fue un dirigente político sino un maestro universitario, un intelectual de fuste, alejado del marco (entonces todavía atrayente) de la función pública, su palabra, y especialmente su permanente actitud, su conducta clara respecto de ideales sustanciales, entre nosotros fue suscitando respeto y audiencia.

Lo obsesionó desde temprano (hablo ya de sus primeros trabajos de 1924) la necesidad de “definir ideas y aclarar posiciones”. Se empeñó en esclarecer, por eso, “que no era adepto del marxismo comunista ni tampoco *adláter* de la organización que los estudiantes desterrados fundaron en el extranjero bajo el comando de Haya de la Torre”. No hacía la aclaración porque lo acusaran de comunista sino porque, creyendo que lo había sido, lo acusaban de haber renegado de dicha fe. Ya entonces pensaba -y así lo escribió- que “la vida histórica es mucho más rica, variada, contradictoria, que las fórmulas doctrinarias, especialmente las que Marx expresara en Europa en un momento determinado de la evolución económica de aquel continente, a mediados del siglo XIX” (Apert. 450). Y en un artículo publicado en 1928 en *La Sierra*, a propósito del tema agrario, escribía Basadre: “hay y habrá necesidad de adentrar el enfocamiento de las cuestiones sociales del Perú lo más profundamente posible en nuestra tierra”. Y un año después, en 1929, en el n° 29 de la misma revista, leemos esta afirmación:

"Somos muchos los que creemos en las posibilidades de la implantación del socialismo en el mundo, pero no por eso consideramos que va a haber un inmediato cambio de decorado y de 'mise en scène' en la "escena contemporánea" (*ibid.* 452).

Y más adelante: "El Perú tiene una serie de problemas extraños o anteriores a los que el socialismo aborda; lo que menos se puede ser en el Perú es conservador, porque aún los próceres de ideas revolucionarias [...] fueron grandes descontentos ante el 'orden' que se fue elaborando en su época. Pero sí podemos darnos por muy bien servidos con un régimen de transición que, sin ser el 'desideratum' ni mucho menos, inicie el planteamiento de nuestros problemas típicos y prepare el camino para futuras transformaciones. Un régimen que sea, en suma, la "revolución" por su táctica, por su espíritu, por su 'élan', pero 'evolutiva' en su acercamiento sagaz, dúctil, realista al enfocamiento de los problemas" (*Apert.* 53-54).

Basadre significó en cada uno de nosotros una fuerza estimulante para hacer del Perú y de su destino nuestra preocupación más consistente. Aprendimos a leer en su obra y en su vida la decencia en las ideas y en los actos, la claridad de una auténtica vocación universitaria que hizo de la educación y la cultura armas esenciales de una verdadera democracia sin autoritarismo y sin sectarismos demagógicos. Fue —a la manera griega— un político, y como no quiso deformar ese concepto clásico, no alistó en ninguna tienda partidaria ni aspiró a ninguna curul. Los cargos que desempeñó en el país y en el extranjero confirmaron siempre esa nítida instancia cívica. Bregó para que no hiciéramos del país un lodazal. Y no lo salpicó el barro. De él aprendimos a vivir la historia de los hombres y de las ciudades de ayer y de hoy, como un modo real de representarnos cómo vive en nuestras conciencias el Perú. País dividido por la lengua y merodeado por el recelo. País donde el hambre tiene todavía comarcas apetecibles. Donde la enfermedad es otra forma de la demagogia. Donde el analfabetismo es todavía una callada congoja. País hermoso por la segura impiedad con que lo persigue una geografía alucinada. Bendito país construido con la sangre, el ardor y la fe de nuestros hombres para que fuese el tamaño de nuestra esperanza y de nuestro riesgo. Tierno país de punas y quebradas, que fueron certero escollo para nuestra terca ilusión de unidad americana. Tierra amasada en el bronce hermoso de nuestros indios. País donde esta lengua española que fue nudo umbilical con el Renacimiento (nuestro cono de luz) resulta a un tiempo mismo dique oprobioso que trazó en nuestra población distancia vertical y profunda (nuestro cono de sombra). Basadre nos enseñó a quererlo con nuestra preocupación apostando siempre por la promesa. A su esclarecida memoria rindo homenaje esta noche al cobijarme en la Academia de la Historia bajo su nombre y lo hago proclamando cómo vive claramente en mi conciencia la limpia imagen del Perú. En sus conversaciones con Pablo

Macera arriesgó Basadre una afirmación de esperanza diciendo que en "nuestro horizonte no han faltado las auroras". Una de esas auroras tiene su nombre y nos sigue iluminando el corazón.

Moedad en Tacna

Tacna fue desde la hora primera para Basadre luz y color, espectáculo para los sentidos, estricta vista sensitiva alimentada por lujos y sabores de la tierra tacneña: "En las calles -dice Basadre- se solía respirar un olor a fruta y flor" (*Infancia en Tacna*, 18). Y si de frutas se trata, "ninguna fruta tan deliciosa como el durazno" para este muchacho, aunque también confiesa que "las legumbres aparecían como inmejorables y magníficas ante los ojos y el paladar" (*ibid.*, 17). Pero Tacna no solamente garantizaba la partida de bautismo; era el ambiente familiar que, en las conversaciones repetía, como en el viejo ejemplo del Inca Garcilaso, hechos de la vida de ayer que de algún modo sirven como modelo para la vida de mañana. La historia se le presentaba por entonces como "un patético afán de hurgar en la muerte" (*ibid.*, 23). De las conversaciones en la casa oyó Basadre de boca de su madre "el relato de cosas, de episodios y anécdotas referentes a hechos (los del 79) que entonces parecían cercanos y obsesionantes" (*ibid.*, 37):

"Un importante elemento de mi formación intelectual proviene de los días de mi infancia en Tacna. Es el sentimiento de la patria invisible" (*ibid.*, 91).

El Perú comienza a moverse en Basadre como un vivo ardor de la sangre. No es, sin embargo, un amor arrebatado y difuso; es el que viene amasado en el conocimiento que propicia la lectura. Basadre crece en una familia donde se conversa, se razona y se lee:

"En mi casa habíase reunido a lo largo del tiempo una buena biblioteca que incluía volúmenes sobre literatura e historia [...] El goce de leer en cualquier momento lo que pertenece a uno, de abrir o cerrar libremente las páginas preferidas, de hallar compañía en lo que otros pensaron o dijeron es una voluptuosidad incomparable tanto en la primera juventud como en la vejez" (*MB*, 37).

Ahí nace su asombro ante las ideas de Giobetti (algunos de cuyos artículos se traducen en *Amauta*), su admiración por Péguy (*Azar*, 293). Así va aclimatando su simpatía y su interés por los libros. Y no es de extrañar que hayan sido románticas las lecturas primeras que llegaran a impresionarlo: "La primera obra poética que, sin duda, impresionó a mi infancia, [...] debe haber sido "La oración por todos", traducción libre que Bello hizo de Víctor Hugo. Inspiración

francesa en buena lengua castellana, tenía que darse juntamente con las *Tradiciones* de Palma. Los libros comenzaban a asegurar al muchacho la respiración

“Lo importante fue respirar el aroma de los libros desde temprano [...] La influencia de una selecta biblioteca hogareña con libros sustanciales o agradables en buenas ediciones, encuadernados en forma atrayente, origina en cierta época de la niñez y de la juventud, placeres inmarcesibles; algo análogo debe ocurrir en el ocio y en la soledad de la vejez” (*Infancia en Tacna*, 88-89).

Tales recuerdos resultan aleccionadores porque anuncian cuánto contribuyó ciertamente el clima hogareño a perfilar la conducta intelectual del joven estudiante: la casa paterna era una fragua en que se iría acerando la pluma de futuro escritor. La cultura era un llamado que venía desde lejos:

“El ‘vicio impune de leer’ que mi padre heredó de sus mayores y cultivó sin alardes de intelectual, lo heredaron también mis hermanas y hermanos. La historia, tanto del Perú como de Chile y Bolivia, estuvo incluida en buena cantidad en la biblioteca familiar [...] Cuando se ha pretendido asociar mis aficiones por dichos estudios con tal o cual escritor limeño contemporáneo he sonreído recordando el viejo proverbio francés que dice *Bon chien, chassé de race*” (*ibid.*, 89-90).

De raza le viene al galgo. La casa tacneña le brindó a Basadre desde la hora primera buen respaldo para el azaroso camino que había de emprender. En esas lecturas primeras se acrisoló la curiosidad incesante y fue sin duda perfilándose el interés por algunos temas que Basadre puntualizaría en más de una ocasión. Fue, por lo pronto, buen lector de Péguy (*Azar*, 293), y supo aprovechar la lectura de Elie Halévy, *L'ère des tyrannies: étude sur le socialisme et la guerre*, ya en 1938, obra póstuma del inglés, cuyo recuerdo sirve a Basadre para calificarse como liberal antes que como socialista.

Pero lo que este contacto familiar con los libros fue asegurando para siempre fue el permanente interés de Basadre por la literatura:

“En lo que respecta a la literatura, [...] había una tendencia benévola a ella en la vida educacional del país [...] y era irresistible la atracción hacia ese género en mis aficiones y en la de mis mejores amigos” (*Vidhist*, 270).

Fue un contacto en que hubo que asumir riesgos personales. Basadre fue siempre consciente de que logró ser lector sin haber pasado por un aprendizaje específico en la escuela:

“Con demasiada frecuencia no fuimos orientados suficientemente hacia el manejo, el examen y la crítica de los textos originales, o hacia la información suministrada por las fuentes mismas” (*ibid.*, 271).

Y en esta confesión está implícita su vida y experiencia docente. No hay cosa que encienda y purifique más ese amor por los libros como la docencia, que nos permite auscultar y vislumbrar en la juventud la patria germinando en los corazones juveniles, el porvenir como promesa y como realidad que va caminando en el tiempo hacia el futuro como realidad en pleno transcurso.

En este interés por la literatura se advierte ya el ojo avizor del historiador y del sociólogo. Basadre enumera las ausencias sufridas en su formación y muestra cómo hay que aprender a superar pequeños escollos cuando nos anima una real preocupación intelectual:

“No nos ofrecieron –advierte– desde la cátedra la imagen sobre la situación del indio; en torno a los porcentajes de analfabetismo y a las deficiencias en la nutrición y en la vivienda de nuestros hombres, mujeres y niños, [...] acerca de las verdaderas condiciones en el trabajo de los obreros a pesar de las leyes de Manzanilla [...] Pero, vulnerables, tuvimos que percibirlo gradualmente, a lo largo de los años, entre avances y retrotendencias; y ese fue el aporte que, de un modo u otro, con errores o aciertos, empezó a dar nuestra generación y que se acentuó en las que vinieron después” (*ibid.*, 272).

Conversaciones familiares que tenían por tema el Perú vivo y lacerante de la época y que recreaban con entusiasmo lo vivido; lecturas que abrían inquietudes y avivaban la sed por descubrir otros mundos y otras ideas, fueron silenciosos caminos por los que comenzaba a delinearse la figura de Basadre como intelectual: esos instrumentos fueron el diálogo y los libros. En ese recuerdo de los libros entre los cuales fue desarrollando su personalidad quedó una huella singular en la preocupación constante que Basadre tuvo por las bibliotecas: “Albergue, asistencia, orientación y guía”. Es lo que a toda clase de ciudadano debe brindar una biblioteca (*Materiales*, 184). Lo dice al colocar la primera piedra del edificio que se levantará en 1944 en la avenida Abancay. Ese mismo año el número inicial de *Fénix* anuncia que la batalla en favor de las bibliotecas

“es una lucha en favor de la concepción democrática de la vida en el más limpio sentido de esta palabra, procurando la divulgación de la cultura, el ofrecimiento de oportunidad para leer a las diversas clases, regiones, edades” (*ibid.*, 186).

Y al terminar el primer curso de la Escuela de Bibliotecarios, consagra su preocupación con estas palabras:

"En las bibliotecas no deben tener cabida los soberbios, ni los vanidosos por sabios y eruditos que sean. Porque esa humildad interior, derramada primero en el fatigoso aprendizaje escolar, ha de prodigarse luego, incesantemente, en la disciplina del trabajo diario y en la atención del público lector. Lo importante aquí es el servicio y su eficiencia, que deben estar lo más lejos posible de la desviación administrativa, que conduce a la rutina cotidiana blanda y floja y lo más lejos posible de la desviación erudita que engendra la pedantería" (*ibid.* 195).

Y cuando, por iniciativa de Carmen Checa, se crean las bibliotecas rodantes que contaron con el apoyo entusiasta de Basadre, le oímos definir las como "una de las formas más atractivas y viables de la extensión cultural que el moderno concepto de las bibliotecas públicas postula" (*ibid.*, 205).

Y es que, surgido de un hogar culto, tenemos que reconocer que en su propia sangre estaba asegurada esta constante preocupación suya por la cultura:

"Nunca [...] la cultura puede ser una masa uniforme de noticias, conocimientos o esquemas no sometidos a una cohesión, sugerencias o impresiones hechas de retazos no soldados y flotantes en una realidad contradictoria" (*Materiales*, 46).

Esta idea es central en la obra de Basadre. En libros, ensayos y artículos periodísticos destacará y explicará el alcance de todo esfuerzo cultural; según él, la misión de la cultura

"es el ordenamiento y el estímulo de capacidades que vivan, expresen y comprendan su tiempo, que sepan mirar lúcidamente cada circunstancia original, que puedan cumplir mejor la mejor tarea que le es dable al hombre en la tierra, que es vivir, crear y luchar" (*Materiales*, 46).

Sin disciplina que guíe a la inteligencia no puede haber ordenamiento de la mente ni puede, por lo tanto, haber cultura. Y es que la cultura 'por sí y de por sí' no puede asegurar la felicidad. En cambio, una verdadera educación sí lo consigue. Pero eso exige comprender (y Basadre pone énfasis al afirmarlo) que

"la educación verdadera debe implicar la formación integral de la persona humana, dentro de las correspondientes circunstancias históricas, geográficas y sociales como medio para que logre ella una existencia digna, eleve su nivel de vida y se convierta en un elemento útil dentro de la sociedad" (*ibid.*, 51).

Por todas partes, una preocupación intelectual, una estricta y sana y honda preocupación por la *polis*. Todo lo que tuviera que ver con el pensamiento, la escritura y la opinión no podía estar alejado de su inmediato quehacer:

“... mi ámbito de trabajo –le dice a Pablo Macera– está circunscrito a pensar, leer y escribir. Y no puedo reprimir una actitud de simpatía por quienes bregan al servicio del derecho de opinar [...] Como hombre que he trabajado muchos años en el campo intelectual, no coloco en un altar la politización en todas las instituciones sociales que privarían a cada uno de los individuos de su margen mínimo de libertad. Hay una muy grave enfermedad en el contraste entre riqueza y pobreza; pero, asimismo, resulta grave el contraste entre la dictadura y la libertad, el contraste entre una nueva clase, la de la burocracia dominante, y los conciudadanos caídos en desgracia y enviados a campos de concentración o a otros lugares análogos” (Macera-Basadre, 85-86).

Literatura y arte en la historia

No cabe sorprenderse por que en el curso de redacción de la *Historia del Perú* podamos leer párrafos a veces extensos y minuciosos destinados a explicar la aparición (y su significado histórico cultural) de obras o autores que parecerían ser alimento exclusivo de las historias de la literatura, así como es dable hallar de repente algunas observaciones de puro interés lingüístico, al extremo de ser verdad lo que Washington Delgado me decía en conversación particular, de que si hiciéramos un inventario minucioso del espacio dedicado por Basadre en su *Historia* a los temas concernientes a la literatura lograríamos la revelación de nombres insospechados, perdidos muchos de ellos en revistas y periódicos que fueron ávido pasto de lectura para el historiador.

Es así como, al pasar, recuerdo que en su estudio sobre el azar en la historia advierte que la frase probabilista “emplea los modos subjuntivos y condicional, para lo cual usa conjunciones que aluden a diversas alternativas; y también adjetivos, dependientes del sufijo /ble/ y cita como ejemplos: previsible, posible, viable, probable, reducible” (*Apertura*, 18). Fue siempre vivo su interés por la literatura: su ensayo histórico-literario sobre Flora Tristán, en 1923, anuncia ya en el Boletín Bibliográfico de la UNMSM en qué medida lo atraían (o comenzaban a atraerlo) los temas literarios; y es singular el hecho de que no inicie estos ensayos escribiendo sobre autores conocidos o frecuentados por la crítica, sino que en realidad inaugure el interés por Flora Tristán. Resulta también significativo que las páginas dedicadas a comentar el célebre cuento de Ventura García Calderón, *La venganza del cóndor*, incidan en un aspecto importante de la crítica, al discutir lo que él calificará como ‘seudo-indigenismo’ de Ventura y proponiendo como auténtico modelo de raigambre indígena a los *Cuentos Andinos* de López Albújar. Pero sus textos nos muestran un Basadre no solamente interesado en la prosa (lo que podría explicarse, dado los casos comentados, por el cruce de los temas con asuntos que de alguna manera se rozaban con lo sociológico o lo histórico), sino que lo vemos atraído también –y con agudo sentido crítico– por la poesía. El número 3 de *Amauta* acoge una nota de

Basadre sobre Eguren; el joven crítico, tras aceptar la inclusión que del poeta hacen los críticos dentro de la escuela simbolista, reconoce "remansos emocionales que evocan las más puras efusiones románticas" y sienta esta advertencia

"antes de que alborearan las escuelas de vanguardia, Eguren prescindió absolutamente de la anécdota, de la representación objetivista y superó la realidad intuyendo formas poéticas distintas de las que en la realidad percibe (*Amauta*, n° 3, p. 7 a).

Precisará más tarde esta afirmación, en 1929, en las mismas páginas, en el *Elogio y elegía* que dedica al poeta (*Amauta*, n° 21, pp. 21-29). La preocupación de Basadre como crítico literario pone de relieve lo importante que resulta la relación lector-autor; le interesa la resonancia que el lector busca alcanzar ya no en la masa sino en un público selecto, de *élite*:

"Eguren está –nos dice– entre los que pueden identificarse con la literatura estética, con la literatura que no quiere ser sino literatura" (*ibid.*, 21).

Y por eso entiende bien Basadre que la popularidad "no debe ser confundida con la admiración de los iniciados y el mimetismo de los snobs, nunca ha dado ni dará sus favores a José María Eguren". Ahí reclama Basadre para la nueva generación surgida en los primeros años de la guerra del 14 "una contextura nueva"; recuerda cómo la inquietud intelectual del momento –a diferencia de Riva Agüero– no está ligada a la universidad sino al periodismo y la califica de

"generación más puramente literaria que la anterior que estuvo un poco afectada de eruditismo; exenta de proyecciones políticas; más audaz al seguir las influencias europeas; más rebelde, pero con una rebeldía estética, reducida al descubierto consumo de drogas, a la actitud egolátrica y a la admiración de González Prada y de Eguren" (*ibid.*, 22).

He aquí un aspecto de nuestra historia literaria todavía intocado por la revisión necesaria de nuestra crítica histórica. Y he aquí que el historiador social que anida en Basadre muestra en seguida el nuevo hilo conductor. Mientras los profanos le reclaman al poeta signos claros de preocupación por lo peruano Basadre reconoce en algunos poemas de Eguren "ciertas huellas locales" cuya presencia pone de relieve:

"Sin esa vida de hogar que ya el tiempo está enervando, acaso la personalidad y, por consiguiente, la obra de Eguren no tendría explicación dentro de la realidad peruana" (*ibid.*, 23).

Advierte y precisa seguidamente cómo "la vida de hacienda, no de la hacienda moderna tipo yanqui con maquinaria y confort, sino la que en su

edificio, en sus muebles, en su atmósfera revela *el respeto a un pasado familiar*, le sirve (al poeta) para ciertas reminiscencias en 'Visiones de enero', 'Casa vetusta' " (*ibid.*, 23-24). Reconoce seguidamente en los apuntes campesinos de Eguren "algo de la vieja vida de hacienda y ecos lejanos del paisaje limeño". Claro es que nada de esto impide comprobar la presencia de elementos típicos de las "formas netamente germánicas medievales". Y ahora, con más énfasis que en el artículo de 1926, Basadre acepta a Eguren como simbolista, con algunas aclaraciones importantes; y es así como postula que en el simbolismo egureniano hay impreso

"un sello a las innovaciones aportadas por el simbolismo francés en el que el poema no llega nunca a ser una total superposición de imágenes y de escenarios fantásticos" (*loc. cit.*).

Si aceptamos lo del simbolismo, debemos aclarar de inmediato que Eguren "no es un adaptador ni un introductor". Y tras analizar algunos rasgos para él significativos, pero impropios de ser evocados aquí ahora, Basadre arriesga que

"tal vez el nombre certero para este sector de la poesía de Eguren no debería referirse al simbolismo, palabra que se presta a equívocos por su generalizada aplicación [...]; quizá podría decirse que es una poesía alegórica" (*ibid.*, 25).

Aquí es donde descubrimos a Basadre, hombre sensible para la recepción poética, es decir, para experimentar el grato sabor del lenguaje. Leemos en su estudio de 1929, dispuesto a perdonar algunos *pathos* en la poesía egureniana, esta valiente afirmación:

"Burdo es querer explicar, definir, medir la sensibilidad. Un instante de fruición artística es más elocuente que largos párrafos" (*ibid.*, 28).

¡Cómo no iba a ser Basadre hombre destinado a preocuparse por la educación y la cultura y cómo no iba a tener a la juventud en el horizonte de su preocupación mayor! *Elogio y elegía* tituló Basadre a este ensayo de 1929. Tiempo después, mientras todos los intelectuales interrogados sobre los escritores más importantes del Perú coincidieron unánimemente en los nombres del Inca Garcilaso y de Ricardo Palma, el único voto discordante fue el de Basadre, cuyo voto se orientó a Garcilaso y a Vallejo.

Más tarde, en *Equivocaciones* (el libro que escribió al alimón con Luis Alberto Sánchez) calificará a Eguren como "lo más típico" y propiamente simbolista, donde se funden las cualidades de sus otras facetas. Eguren aparece imprimiendo su sello a las innovaciones aportadas por el simbolismo francés "en que el poema no llega nunca a ser una total superposición de imágenes y escenarios fantásticos". Basadre advierte entonces que

"Eguren trae a la literatura peruana el esoterismo. Poesía generalmente herética, a la vez que exenta de todo afán teorizante y de toda solemnidad de rito" (*Equivocaciones*, 22).

Celebra que las páginas literarias de los diarios abran sus puertas a Valdelomar y reconoce en ciertos textos de éste algún sabor pirandelliano, a mismo tiempo que destaca cómo ignora Valdelomar "el predominio del subconsciente, el afán del movimiento, el interés ante la fábrica y la máquina" y cómo su "espíritu deportivo pudo acallar, en veces, su fondo romántico con gestos joviales y su snobismo logró llevarlo a la excentricidad" (*ibid.*, 35). Ve asimismo que en Valdelomar aparece por vez primera el niño en la literatura peruana y destaca que si López Albújar representa el cuentista de la sierra, Valdelomar asume en la costa esa representación (*ibid.*, 34). Vuelve a llamar sagazmente la atención sobre la prosa de García Calderón, que, para él, "señala un momento en el movimiento modernista castellano" (*ibid.*, 40). Culmina, al hablar de la literatura reciente, advirtiendo en Vallejo la voluntad de ser un 'outlaw'

"uniendo al horror del lugar común, la búsqueda de la expresión sintetista y porque traía mucho de peruano, sobre todo de mestizo rural costeño" (*ibid.*, 40).

Fácil es comprobar lo buen conocedor que, ya en 1928, se muestra Basadre sobre asuntos de literatura universal. Lo sabemos, así, frecuentador de Joyce y William James, de Borges y de Guillén, de Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas. Conocedor de las corrientes literarias, pero también buceador de todo cuanto aluda a la cuestión social. Analizando el surgimiento de la emoción social, pone de relieve el valor y el destino de la generación de 1919-1924. La preocupación social centraba en ella su mensaje:

"Naturalmente, ella no ha inventado la emoción social; pero la ha sentido más profunda y menos esporádicamente. Hasta hace quince años, por ejemplo había un gran contenido popular en el pierrolismo [...] No de un sociólogo ni de un educador, ni de un hombre da lección, sino fragmentariamente de un literato, íntimamente solidario, como Prada vino la rebeldía contra el ambiente" (*Equivocaciones*, 54).

Desde entonces todo cuanto con el Perú tuviera relación (ya se tratase de su mundo literario o educacional, ya tuviera que ver con el desarrollo de los acontecimientos políticos suscitados en el seno del gobierno o del parlamento) estuvo ligado, en la preocupación intelectual de Basadre, con la emoción social. Lo anunció con claridad en esas páginas juveniles:

"En medio de constantes defecciones e impurezas así como de luchas y contrastes, la emoción social en el Perú tiene ahora que evitar dos extremos:

su desaparición y su desviación [...] Puede producirse tal desviación si se insiste en el mimetismo comunista, si se quiere importar una teoría y una praxis odiosas y sectarias. Y puede producirse, igualmente, si ahondándose y extendiéndose la tendencia indigenista y serranista que quiere convertir en geográficos a problemas que son sociales y económicos y que descienden en línea recta de la propaganda no socialista sino radical y anarquista de Prada..." (*ibid.*, 56).

IncurSIONES rápidas, como él mismo admitirá, en el terreno de la crítica literaria, pero que siempre denuncian al hombre hecho a la observación de las costumbres. Eguren, por un lado, y Valdelomar, por el otro, son los nuevos síntomas de un cambio en las preferencias del lector y de una modificación en las costumbres sociales. Y nada diremos de la antología que sobre la literatura quechua preparó Basadre para la colección dirigida en París por Ventura García Calderón.

Esta inquietud de Basadre por la literatura y por el arte (sobre todo por el arte cinematográfico) está ciertamente vinculada con el fervor que por tales asuntos despertaba *Amauta*, cuyas páginas se abrían al comentario del mundo de la pintura, de la escena y de la música con severa prodigalidad. Y resulta ilustrativa la confesión de Basadre sobre sus dos maneras de haberse acercado al cinematógrafo: primero el cine se impuso como resultado de estar "en la búsqueda de un lavado cerebral después de un trabajo intenso", y ve su curiosidad satisfecha con el descubrimiento de Bergman y Buñuel. Luego le confiesa a Macera que el cine le interesa y lo atrae porque reconoce en él

"una enorme posibilidad. A diferencia del teatro que es carnal, corporal, utiliza una pluralidad de lenguajes que incluye imágenes, palabras, música, escenarios. Para el siglo XX puede ser lo que alguien pretendió que fuese la ópera en el siglo XIX: una obra común o general de la cultura" (*Basadre-Macera*, 101).

Cree que hay que ver en el cine algo así "como una educación ideológica del espectador" y califica a Charles Chaplin como uno de los más grandes genios del siglo.

La lección cívica

Cuántas lecciones hermosas de civismo hemos recibido los hombres de mi generación en las páginas que Basadre consagró a la historia. No fue lo suyo recuento ameno ni pormenorizado de los hechos sino un calar hondo en las ideas que movían a los hombres: lo importante era darse cuenta de cómo las ideas de los unos conmovían y orientaban, cuando no desconcertaban las acciones de los otros. La historia era un hacerse continuo de las gentes en torno

de uno que otro nombre no siempre providencial. Una "lúcida conciencia filosófica" preside siempre los escritos históricos de Basadre, y con cierta razón Francisco Miró Quesada ha puesto de relieve que

"El carácter sistemático de su obra, ese carácter de plenitud y acabamiento que es uno de los rasgos que contribuyen a conferirle esa grandeza que todo reconocemos, depende directamente de sus concepciones filosóficas sobre lo que es la historia y lo que debe ser la historiografía" (*Homenaje*, I, 191).

Basadre postula la historia como una teoría científica, afirma la posibilidad de lograr la verdad histórica, en la medida en que sea posible "llegar a conocimientos históricos objetivos", y destaca la necesidad de no desatender a los conceptos del 'azar' y de 'probabilidad' como constitutivos del conocimiento histórico y nos enseña que la "conducta humana intersubjetiva" es realmente el contenido de la historia:

"La historia es investigación y estudio de la verdad (lo mismo que el estudio de plantas, idiomas, metafísica, caracteres humanos" (*Perú problema*, 3).

Y en los *Fundamentos de la historia del derecho* recalca todavía:

"La historia como ciencia es hoy o debe ser un conocimiento de los hombres y de las obras de los hombres y de las relaciones entre los hombres, y en general, de la riqueza de la vida humana, a través del conocimiento de su pasado" (Lima, 1967, p. 8).

Insistió siempre en la necesidad de evitar el caer apresados por la subjetividad, lujo que no puede permitirse el historiador. Claro y rotundo es Basadre en afirmarlo; la historia debe buscar la verdad tal como existió en el pasado y hay que aprender, por eso, a "dialogar con el pasado en un tono sereno para que la voz débil del pasado no pueda ser acallada por el tumulto subjetivo" (*Iniciación de la República*, I). Son claramente las ideas de Croce, pero se advierte asimismo que algunas vienen canalizadas por las versiones con que Ortega y Gasset ha ido también abriendo paso a las opciones de la ciencia alemana. Ya lo había recordado al evocar su niñez entre libros que le habrían enseñado a conocer a los hombres a través de sus ideas: la conducta humana es un necesario elemento de la historia. Lo que piensan los hombres, lo que los motiva y enardece, lo que explica sus actos, lo que genera sus odios, sus preferencias, sus goces, ya sea como convicción, ya como ilusión, como victoria o como equivocación de ánimo. Dice al respecto Miró Quesada:

"El historiador persigue la comprensión del pasado y del presente a través del pasado y esta comprensión exige el conocimiento de la conducta humana como tal lo que hace la historia y, por eso, no puede comprenderse lo que

ha sucedido si no se le estudia dentro del programa general de la conducta de los hombres de una época determinada" (op. cit. 205).

El propio Basadre, en la última edición de su *Historia de la República* (tomo I, xliii), reflexionando sobre la historiografía, lo afirma claramente, "la historia es una ciencia de la vida. Y es la vida lo que ella pretende tomar como tema". Su obra entera ratifica su lealtad a este principio. Basadre nos ha enseñado a vivir la vida de los peruanos; la vida de los que estamos nos permite comprender la vida de los que fueron y al mismo tiempo nos ayuda a preparar el terreno para la vida de los que vendrán. En las vidas están asumidos triunfos y derrotas, aciertos y desgracias, verdades e ilusiones, héroes y villanos, porque la vida de los hombres que nacieron y vivieron en esta tierra es la historia de los acontecimientos acá transcurridos en el tiempo. Y así como en nosotros se resumen y consolidan los aciertos y errores de nuestros antecesores, en los nuestros están ya prefigurados los de quienes nos seguirán en lo porvenir. La historia no solamente recoge vestigios de lo ocurrido sino que revive esos hechos para perfeccionar nuestro conocimiento del ayer y bosquejar, con esa saludable experiencia, la idea del futuro. En tal sentido Basadre se pronuncia en favor de las tesis de Croce.

Y es claro que en 1977 Basadre ha presenciado, como todos nosotros, cómo se ha intensificado en América ese afán de los países pobres por imitar a los grandes y por cultivar el desacierto de que adaptando muchos modelos ajenos ha de iniciarse también el de su salvación. Por eso tiene valor de admonición esta sentencia:

"Las naciones emergentes deben convencerse de que varios aspectos de la vida occidental no merecen imitación, ya que significan un despilfarro y no tienen sentido real" (561).

Y la sentencia viene acompañada de una elemental recomendación: "los estados necesitan incluir dentro de sus objetivos y sus actos la renuncia absoluta a obras con un sentido meramente ornamental o suntuario, como son los grandes edificios públicos u otros 'elefantes blancos' en sus capitales o en sus ciudades capitales"; y en cambio deben preocuparse por "otorgar atención prioritaria a proyectos de utilidad social evidente, incluyendo obras públicas preferentemente de carácter descentralizado, a saber: hospitales, postas médicas, escuelas y bibliotecas en armonía con las necesidades de la realidad local, viviendas de bajo y mediano precio, caminos, puertos, aeropuertos, reservorios de agua o de energía, siempre y cuando sean efectivamente útiles" (561).

Y como es verdad que el Estado ha ido creciendo hasta transformarse en un fantasma, Basadre invoca la necesidad de que

"el Estado se controle y se limite a sí mismo y que deje un margen de libertad fructífera no sólo en el plano individual, sino también a través de su colaboración activa o indirecta para que la sociedad y los grupos sociales se organicen de un modo adecuado; en fin, que estimule la libertad y vaya a fomento de iniciativas para crear y desarrollar actitudes nuevas de convivencia crítica orientadas hacia el futuro" (562).

Sugiere en seguida una prudente desmilitarización así como frenar la 'vitalidad inmisericorde' de la carrera armamentista en Latinoamérica y la necesidad de formular un Proyecto Nacional, documento del que cada administración nos ha ofrecido un modelo de borrador que ha servido hasta ahora para cultivar la utopía.

Esta manera de entender la historia como una rama de las ciencias sociales nos explica sus constantes preocupaciones por la cultura, la educación y la política. O dicho de otra manera, ayuda a entender que no desatendiera el campo de la política, por lo mismo que vivía interesado por el curso y el desarrollo de las ideas:

"Mi objetivo fue iniciar el estudio de la historia de las ideas y la historia social en el Perú del siglo XIX" (*Vidhist*, 331).

Y era natural que este propósito condujera a Basadre a enfrentarse con el tema de la masa popular. Ortega y Gasset había removido las conciencias con un asunto que interesaba a la filosofía en la medida que interesaba al hombre y a la humanidad. En las masas se encarnan los problemas colectivos:

"Si bien se requiere que haya minorías y grandes hombres para que una nación realice su mensaje, de otro lado, ese grande hombre, // esas minorías nada valen por sí, si no encarnan y expresan necesidades colectivas, si no se enraízan en la masa que para ellos tiene que ser lo que es el barro para el alfarero, lo que la planta para el jardinero, lo que la musa para el poeta. Existe eso que se llama influencia del medio, espíritu del tiempo, necesidad de la época, marcha objetiva de las cosas" (*Multitud, ciudad y campo*, 262-263).

Cómo no iban a impactar en los hombres de mi generación estas afirmaciones, no solamente nuevas y audaces, sino desligadas de toda ambición de poder, de toda intención electorera. De 'audaz y vasta' calificó él mismo, en conversación con Macera, esta disertación suya sobre la multitud, la ciudad y el campo, que ponía sobre la mesa de las discusiones por vez primera, en disertación de carácter histórico, el tema de la ciudad y de las masas, anunciando de ese modo que habían arraigado en él las lecciones de Spengler cuando afirmaba:

“... para comprender la historia política, la historia económica, es necesario ante todo reconocer que la ciudad, separándose cada día más del campo, es el elemento que determina el curso y el sentido de la historia superior. La historia universal es historia ciudadana” (*Decad. de occidente*, 1943, III, 133)

Maestro de juventudes

De este hombre que no figuró en las tiendas políticas, ni fue candidato en ninguna justa electoral aprendimos lecciones extraordinarias de civismo y de política. Cada vez que se interesó por la educación, trabajaba en política. Cada vez que se dirigió a la juventud o aludió a ella, reconocíamos en él al aprovechado lector de la *Política* aristotélica. Basadre era, por eso, y en esencia, un educador. Lo es cuando reconoce que en relación con las masas

“la élite necesita ahondar y fortificar su conciencia colectiva, crear su unidad consciente, interpretar y encarnar sus esperanzas, atender a sus urgencias, resolver sus necesidades, desarrollar sus posibilidades, alentar sus empresas, presidir sus avances, defenderla de los peligros internos o externos” (*PVP*, 40).

Lo es cuando nos invita a aprender a comandar y nos advierte:

“Comandar no es sólo impartir órdenes. Es preparar, orientar, comprender las situaciones que han surgido y adelantarse a las que van a surgir, unir a la fuerza de la voluntad el sentido de la coordinación, vivir con la conciencia del propio destino común, sentir la fe en lo que puede y debe ser, en aquello por lo cual es urgente vivir y por lo cual, cuando llegue el momento, es preciso morir” (*ibid.*, 40).

Y es un maestro cuando nos hace comprender que las relaciones entre comunidad e individuo comportan un problema no solamente político sino que constituyen esencialmente el problema de la historia, haciendo eco, sin duda, de la afirmación de Nicol, para quien “el cauce radical de la historia es la transformación de los vínculos entre el individuo y su comunidad” (*La vocación humana*, 269). Y es que no hay otra manera de convocar a una auténtica vida democrática. En ella no dejó de creer nunca Basadre:

“No soy hombre de partido y no me gusta nada la política como voluptuosidad, como prepotencia, como truco, como negocio y como enjuague. Porque creo en la democracia y en los valores de la cultura y de la educación [...] acepté [...] el ejercicio transitorio [...] de una abrumadora función que es, también, vuelvo a decirlo, política, administrativa y técnica” (*Materiales*, 80).

Son palabras que pronuncia, como ministro, al inaugurar en 1958 un simposio sobre relaciones humanas. Pero no se diga que son ideas nuevas. En el n° 8 de *Historia*, de octubre-diciembre 1944, aparece un artículo que Basadre vuelve a reproducir en el número siguiente, en el primer trimestre del 45, cuando ya se ha publicado el decreto que convoca a las elecciones de junio. Ahí la revista "deplora el hecho de que el Congreso se clausurara sin dar [...] una nueva ley electoral" y ahí también "afirma una vez más su convicción de que el Perú

"necesita un régimen de libertad con responsabilidad sobre los principios de la estabilidad, de la renovación y de las reformas sociales; y expresa la esperanza de que el futuro inmediato del país esté en manos no de la dictadura proletaria ni de la baja clase media, ni de la oligarquía, sino que ingrese a un derrotero progresista bajo una administración con fuertes bases populares, al servicio del pueblo [...] y que reúna el triple requisito de la técnica de la moralidad y de la capacidad para planificar con lucidez y coherencia y ejecutar con decisión" (*Apertura*, 523).

Son palabras del pensador político que es Basadre, hombre que no concibe renunciar a su responsabilidad intelectual. Al recibir en 1977 el premio "Rafael Heliodoro Valle" expone algunas consideraciones sobre el sentido de su trabajo intelectual:

"Por más esfuerzos que se acumulen, la erudición histórica está compuesta por una serie de conocimientos mutilados que cada generación y cada nuevo investigador pueden y deben ratificar y también ampliar. Han de hacerlo al formular preguntas nuevas a los testimonios conocidos, o al mirarlos desde ángulos inéditos, o al desbordar limitaciones tradicionales, y en este tamaño podrá tener cabida la cuantificación en lo que ella sea dable; y son de desear los frescos planteamientos // económicos y sociales, así como el auxilio que de las nuevas disciplinas de la psicología social, el psicoanálisis, la sociología, la antropología puedan suministrar, si se les utiliza cuando y donde hay cabida para ellas" (*Apertura*, 372-373).

Una filosofía social preside ciertamente estos enfoques. No duda Basadre de que la historiografía auténtica

"se ocupa de los hombres y sus hechos, de su pensar, su sentir, su soñar y su actuar; trata de conocerlos, de entenderlos, de explicarlos, como individuos y como grupos, dentro de su propio contexto y en función del pasado y del futuro, por lo menos en algunas de sus riquísimas significaciones, como también en lo referente a la sutil interrelación que tienen dentro de la dinámica del tiempo y de la concreción del espacio" (*ibid.*, 373).

Su mirada de historiador social está atenta a todo cuanto en el vasto panorama de los hechos pueda permitir una correcta apreciación del presente y una mejor comprensión del futuro. Analizando en 1951 el panorama universitario, advierte la necesidad de añadir a la herencia del siglo XIX el concepto de 'defensa social', frente a los peligros internos o externos que a la colectividad pudiesen rodear. Y añade:

"Hay que tomar en cuenta, al mismo tiempo, en ciertos países, el proceso incontrolable de surgimiento y desarrollo de las clases medias y populares que se refleja en la creciente industrialización, en el desarrollo urbano y en otros síntomas, generadores, a su vez, del aumento de escuelas y colegios, del aumento de matrículas universitarias y de la tendencia a la proletarianización de las masas estudiantiles" (*Materiales*, 165).

Lo dice en la universidad porque es consciente de que la función de la universidad es política, por lo mismo que se ocupa de la educación. Por eso, en 1958, al colocar la primera piedra de la Facultad de Veterinaria puntualiza los dos fines de la universidad de esta manera:

"Conservar y transmitir la cultura, tener una función formativa de la conciencia nacional y social de quienes a ella están ligados" (*ibid.*, 198).

Eso es lo que mi generación agradece a Basadre, maestro universitario: reconocer a la universidad la función política de formar la conciencia nacional y social, que es el modo eficaz de robustecer la comunidad de profesores y estudiantes. Si la universidad no se pone a servir las necesidades de nuestro tiempo está renunciando a preocuparse del porvenir.

Esta filosofía política suponía haberse nutrido de la experiencia de historiador social y le permitirá adelantarse a la difusión de las ideas europeas:

"Antes de que fuesen divulgadas las ideas que Marx esbozó sobre el modo de producción asiático, tuve la osadía de cuestionar el romanticismo entonces de moda en relación con el llamado comunismo inca; y de señalar el sentido peculiar de las ciudades prehispánicas sin caer en un fácil hispanismo ni en otro tipo de retórica" (*Vidhist*, 333).

Horror por la retórica política aprendimos en los textos de Basadre. No en vano él había sido testigo de la progresiva devaluación de las palabras:

"Pertenezco a una época en donde muchas veces ha habido derecho a creer que la oratoria política, tan vigorosa en el siglo XIX, ha decaído enormemente para convertirse en un arte inferior, muy inferior [...] Hemos detectado en aquellas palabras, en demasiadas oportunidades, la exhibición de una hueca

y previsible retórica o el enunciado mediocre de avisos o de anuncios o de consignas con mucho de la propaganda comercial" (Vidhist. 547-48).

Mucho se ha empeñado Basadre en libros, conferencias, ensayos y artículos periodísticos en prevenir a la juventud. Maestro por gravitación de su ser natural, cada vez que tuvo que dirigirse a ella, o pensar en ella, prevaleció en su discurso la preocupación por las actitudes que la juventud debía adoptar frente al fanatismo político. Sostuvo siempre que todo fanatismo político es vejatorio para la inteligencia y lesivo para la cultura. Tan amenazantes como las drogas y el alcoholismo son los mitos políticos, para Basadre, pues embriagar y anonadar de un modo certero e implacable anulando en la juventud todo asomo de sentimiento y convirtiendo en vano todo intento de esfuerzo nacional. La juventud tiene que aprender a rechazar la audacia y el absolutismo como forma de gobierno y debe asimismo huir de la sectaria aberración y la rigidez como norma de conducta cívica. Sólo el pensamiento autocrítico nos ha de ayudar a preparar en los momentos concretos del presente el posible y conjeturable escenario del porvenir. Pero si creemos que la cultura puede morir y que no importa comprobar que los valores están en crisis, entonces tenemos que admitir que una nueva forma de cinismo totalitario se cierne sobre el horizonte.

Preocupación no solamente de historiador sino de auténtico maestro. ¿Por qué debemos alentar en la juventud, para asegurar sus sitio en la comunidad, el ejercicio y el goce de la libertad? Porque la libertad es constitutiva del ser, porque es "la capacidad de ser"; y como 'ser' para el hombre es *actuar*, "la libertad es el derecho de obrar, fundado en nuestra radical condición de hombres" (Nicol, *La vocación humana*, 277). Actuar y pensar con libertad es lo necesario, lo constructivo y lo urgente, y a esa acción debe ser convocada la juventud. No es cosa de gritar la libertad y la justicia sino de practicarlas y definir las, conscientes de su verdad y de su fuerza. El sólo gritar no garantiza el buen gobierno sino que casi siempre acelera el caos y prepara la guerra. Las palabras no crean las realidades; las realidades se constituyen y se viven con acciones concretas. Los valores supremos de la sociedad humana son —sin duda alguna— la justicia y la libertad. La juventud debe ser educada en principios y valores fundamentales, para garantizar la vigencia en el futuro de tales valores y principios. Pues dice muy bien Nicol:

"... no hay, ni ha habido, ni jamás habrá comunidad alguna que pueda sobrevivir sin el apoyo de un cuerpo de valores y principios. Lo cual quiere decir sin tradición. Y cuando una determinada tradición agota su fuerza vieja en el curso de la historia, la vida la renueva transformándola, la combina con valores nuevos y desecha los que ya carecen de auténtica virtualidad [...] Si esto no sucede, la tradición se muere y con ella la comunidad que le dio vida en el pasado" (*loc. cit.*).

Lo que propone Basadre a la juventud, por eso, es dar la cara al presente, no negarse a la evidencia. No dar la espalda al presente, porque eso significa realmente negarse al futuro, y cada vez que volvemos la espalda lo que realmente logramos es asegurar la inercia, la muerte de la *polis*. La realidad se impone a la juventud, y por eso debemos entrenarla para que trabaje con los ojos abiertos, sin negarse a la evidencia, sin darse el triste lujo, dañino y pasajero, de soñar despierto, porque soñar despierto es un modo de volver la espalda a la realidad, implica no ver ni hablar con los otros (que es una forma de dejar de vernos en el presente y una manera de renunciar a la comunidad, o sea, a compartir la historia). Si la juventud no advierte la luz en el horizonte, el futuro está amenazado. Porque, como explica Ortega y Gasset,

“No se puede esperar nada de una juventud que no sienta la urgencia de adquirir un repertorio de ideas claras y firmes” (*Meditación del pueblo joven*, Rev. Occid., 1958, 19).

Ideas claras y firmes siguen siendo necesarias para apreciar en su esencia lo que significa vivir en democracia. Nunca tuvo Basadre ambiciones políticas, nunca lo visitó la ilusión del poder. Y no es que no le interesara lo relativo a la *polis*, porque, como confesó a Pablo Macera,

“el hombre que vive en el mundo del pensamiento tiene una visión de las cosas que choca con lo terriblemente prosaica que es la vida política” (*MB*, 131).

Ni le interesó la conquista del poder ni se sintió insatisfecho con considerarse un inexperto en tales asuntos:

“He tenido la desgracia de haber sido, fundamentalmente, un francotirador” (*ibid.*, 105).

Pero es sabido que los francotiradores suelen tener buena puntería. Para quienes lo tildaron de conservador tímido, es bueno recordar que pocos años antes de su muerte, confesó Basadre que su convicción “acerca del futuro del socialismo no se modificó con el paso de los años” (*loc. cit.*). Y estamos así ante el tema, tal vez espinoso, y por eso quizás hasta ahora poco frecuentado, pero que esta confesión obliga a destacarlo. Todas las anotaciones de Basadre, expuestas apenas como una enumeración, cuarenta años después de su libro inicial, no son sino eso: notas que quizá podían prometer ulteriores desarrollos y tal vez ensayos medulares. Este punto alude a la filosofía que inspira su obra entera. Basadre aparece esta vez decidido y franco en la afirmación, y valé leerlo con pausada serenidad:

"La filosofía implícita en todas y cada una de las consideraciones anteriores tiene una inspiración socialista [...] Entendemos como socialismo, por encima de rigideces ideológicas, la mezcla de dos ideales. De un lado, el ideal de libertad propio del liberalismo que tiene raíces cristiano-judeas-greco-latina y se prolonga en el derecho natural y las grandes revoluciones del mundo occidental" (*Apertura*, 564).

Basadre ve ahí al socialismo como un movimiento orientado

"a la construcción de una sociedad donde los intereses relacionados con la comunidad estén siempre por encima de los intereses particulares, sin cortar el estímulo a la libre iniciativa legítima y donde las actividades de todos estén enmarcadas dentro del interés general".

Lo decisivo, lo importante, es la rotunda aclaración final con que Basadre remata su reflexión aludiendo a la función que cumple el socialismo "con rostro humano" "en la administración de los bienes". No se trata de glorificar a las masas ni de acumular riqueza sobre la ignorancia de las mismas, sino de compartir con ellas la riqueza interior de la cultura y derrotar de ese modo el sucio usufructo del escándalo. La hora de las teorías y de las ideologías, a pocos pasos del nuevo milenio, está llegando ciertamente a su fin. Son muchas las torpezas con ellas vinculadas, y a nosotros nos bastan las experiencias de Sendero Luminoso y del MRTA. Muchas fugaces quimeras comenzaron a derrumbarse con la derrota del fascismo en el 45 y han seguido despidiéndose las sobrevivientes que creyeron progresivamente en la ilusión comunista. Europa está ahora merodeando por sus mapas antiguos y reviviendo fronteras y nacionalidades que parecían haber sido abolidas por el griterío de tantos años. Hoy no sabemos realmente si debe revisarse el concepto de nación, o si estamos nuevamente tratando de plantearnos el superado tema de las nacionalidades (con todo lo que de conjetural y vano tuvo siempre dicho planteamiento). Pero sí se hace necesario alertarnos sobre si vamos a aceptar como llegada la hora de la cultura, que es su raíz mejor y sustancial. Por eso la reflexión debe servirse (como en todo ejercicio intelectual) del contexto en que se origina. Esto significa que la nación peruana necesita recuperarse para su buen gobierno. La hora de realizarnos en un esfuerzo común nos convoca a todos. Ahora o nunca. Esfuerzo quiere decir 'estudio', quiere decir 'trabajo', quiere decir 'preocupación', 'marcha', 'proyectos', 'realizaciones', 'tecnología'. No divagaciones con decoración erudita, no proclamas ni pancartas ni discursos. Nadie nos va a salvar con teorías importadas ni con promesas, si es que nosotros mismos no somos capaces de comprender que somos los soldados forjadores del cambio en materia educativa y en materia social. La sociedad no deja de ser un 'pool' de empresas de colonización de las conciencias, ni la conciencia una mercancía cada vez más devaluada en trance de explotación sistemática. ¿Cómo no vamos a reaccionar los intelectuales? ¿Cómo vamos a permanecer indiferentes los que tenemos

responsabilidad universitaria? ¿Cómo no comprender que debemos releer a este hombre singular que nos enseñó a amar al Perú como una preocupación enriquecedora y como una promesa de libertad y justicia, de cultura y de paz? Basadre nos abrió caminos, trazó itinerarios, propició grandes reflexiones cívicas. Nos enseñó a asumir el Perú como una herencia que representa para nosotros una gran responsabilidad al mismo tiempo que una singular fortuna. Releerlo es un modo de expresarle gratitud por ayudarnos a imaginar el país del tamaño de la esperanza.

Bibliografía

- 1928 *Equivocaciones*, Lima, ed. La Opinión Nacional.
- 1947 *La multitud, la ciudad y el campo*, Lima, ed. Huascarán, 2ª ed.
- 1959 *Infancia en Tacna*, Lima, ed. P. Villanueva.
- 1960 *Materiales para otra morada*, Lima, ed. Librería La Universidad.
- 1960 *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú*, Lima, ed. P. Villanueva
- 1961 *Historia de la República del Perú*, Lima, ed. Historia, 12 ts.
- 1973 *El azar en la historia y sus límites*, Lima, ed. P. Villanueva.
- 1981 *La vida y la historia*, Lima, talleres Ind. Gráficas, 1975; otra.
- 1974 *Conversaciones (con Pablo Macera)*, Lima, Mosca Azul editores.
- 1978 *Apertura*, Lima, ed. Taller.
- 1978 *Historia, problema y promesa. Homenaje a Jorge Basadre*, Lima, ed. Univ. Católica del Perú.
- 1979 *La promesa de la vida peruana*, Lima, Colección Historia.